Lecturas: del espacio íntimo al espacio público

Michèle Petit

Espacios para la Lectura

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

¿Qué papel tiene la lectura literaria en la construcción de uno mismo? ¿Cómo interviene en un proceso de sanación y cómo puede tener un efecto preventivo en el diseño de políticas de salud pública? ¿Se puede hablar legítimamente de construir lectores? Estas son algunas de las preguntas que guían a la autora para indagar cómo, a partir de la lectura, las personas pueden transformarse en sujetos de sus destinos singulares y colectivos.

Siempre del lado de los lectores, y apartándose de criterios normativos acerca de los libros y la lectura, esta obra es una invitación a repensar el campo de la formación de lectores y ciudadanos, a escucharlos con respeto y atención, algo en apariencia simple pero que a menudo olvidan maestros, bibliotecarios y promotores culturales.

Michèle Petit, antropóloga y novelista francesa, realizó estudios en sociología, lenguas orientales y psicoanálisis. Es investigadora del Centro Nacional para la Investigación Científica de la Universidad de París I, Francia.

Después de investigar las diásporas china y griega, desde 1992 trabaja el tema de la lectura y la relación de distintos sujetos con los libros, desde una perspectiva cualitativa. Sus investigaciones han tenido una gran importancia en los estudios sobre la lectura en el medio rural y sobre el papel de las bibliotecas públicas en la lucha contra los procesos de exclusión. En esta misma línea, coordinó una investigación fundada en las entrevistas a jóvenes de barrios urbanos desfavorecidos, cuyas vidas habían sido modificadas por la lectura.

De su autoría, el Fondo de Cultura Económica también ha publicado *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura.*

colección biblioteca popular

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Secretaría de Cultura
CULTURANACION

Primera edición (FCE México), 2001
Primera edición (FCE Argentina), 2009

Petit, Michèle
Lecturas, del espacio íntimo al espacio público. - 1a ed. - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2009.
170 p. ; 21x14 cm. - (Espacios para la lectura)
Traducido por: Miguel y Malou Paleo y Diana Luz Sánchez

ISBN 978-950-557-791-0

1. Lectura. I. Paleo, Miguel y Malou, trad. II. Sánchez, Diana Luz , trad. III. Título

CDD 028

Editor: Daniel Goldin
Diseño: Joaquín Sierra Escalante
Ilustración de portada: Mauricio Gómez Morin

Traducción del capítulo "La cultura se hurta": Alberto Cue
Traducción del capítulo "Del Pato Donald a Thomas Bernhard": Claudia Méndez

D. R. © 2001, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738, México, D. F.
Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A.
El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

ISBN México 978-869-16-6379-7
ISBN Argentina 978-950-557-791-0

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
—incluido el diseño tipográfico y de portada—
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento por escrito del editor.

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*
Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Lecturas: del espacio íntimo al espacio público

Michèle Petit

Traducción de Miguel y Malou Paleo,
y Diana Luz Sánchez

Fondo de Cultura
Económica

Índice

A manera de Prólogo
¡Nunca iré a América Latina! 7

Los lectores no dejan de sorprendernos 21
¿"Construir" lectores? 31
Lectura literaria y construcción del sí mismo 41
Elaborar un espacio propio 42
"¿Identificación?" 45
"Un lugar de perdición" 51
La transición a otras formas de vínculo social 56
Entre lectura para sí mismo y lectura escolar, ¿una contradicción irremediable? 59
La lectura reparadora 67
Elaborar un espacio privado 68
La dimensión reparadora de la lectura 70
Carlota y *El Pájaro Azul* 72
Thomas Bernhard y *Los endemoniados* 74
"Somos una especie sujeta al relato" 79
La cultura se hurta. Montaje de "trozos escogidos" 85
Recortar y pegar 88
¡Al ladrón! 92
Placeres hurtados 95
Robar una imagen, una voz 97
Del espacio íntimo al espacio público 103
Lecturas del día y de la noche 105
El espacio de lo íntimo 108
Elaborar la propia historia 112
Derechos culturales 116
Prohibiciones y callejones sin salida 118
La lectora 120

Elogio del encuentro 125
"Después de todo había algo más..." 125
Zarpar 132
Lo lejano y la interioridad 136
Ulises, Calipso y las familias reconstituidas 138
Fecundidad del encuentro 141
El miedo a las mezclas 143
El derecho a la metáfora 145
Del Pato Donald a Thomas Bernhard 149
Autobiografía de una lectora nacida
en París en los años de posguerra 149

Los lectores no dejan de sorprendernos*

"Promover la lectura" es una idea reciente. Durante mucho tiempo, en numerosos países, la preocupación se orientó más bien hacia los peligros que podía traer una amplia difusión de la lectura[1]. En Francia, la Iglesia, los notables, el sector patronal e incluso una parte de las élites obreras se esforzaron por alejar a los pobres, en particular, de los riesgos de la lectura no controlada. Pero la desconfianza hacia la lectura tenía también amplia difusión en los ámbitos populares, tanto rurales como urbanos, donde los lectores tenían fama de tránsfugas. Hasta después de la segunda Guerra Mundial se leía con frecuencia bajo las sábanas, a escondidas, con ayuda de una linterna. O a veces a la luz de la luna, como nos contaba una mujer en el campo.

En nuestros días tenemos la impresión de que el gusto por la lectura debe abrirse camino entre lo "prohibido" y lo "obligatorio", al menos en Europa. En mi país todo el mundo se lamenta sobre el tema: "los jóvenes no leen nada", "se lee cada vez menos", "¿cómo hacer para que lean?" Y podríamos interrogarnos acerca de los efectos complejos, ambivalentes, de esos discursos alarmistas y convencionales de elogio de la lectura. Ya sea que provengan de los poderes públicos, de los

* Esta conferencia fue leída en la mesa redonda sobre la "promoción de la lectura" organizada por la ALIJA, en el marco de la Feria del Libro de Buenos Aires, el 29 de abril de 2000.

[1] Véase Anne-Marie Chartier y Jean Hébrard, *Discours sur la lecture: 1880-1980*, París, Fayard/Bibliothèque Publique d'Information (BPI)-Centre Georges Pompidou, 2000 (trad. al español: *Discurso sobre la lectura*, 1880-1980, Barcelona, Gedisa, 1994).

docentes, de los padres o de los editores, pueden ser percibidos como otros tantos mandamientos, como testimonios de impaciencia, de una voluntad de control, de dominio. "Debes amar la lectura" o, dicho de otro modo, "debes desear lo que es obligatorio". Esos discursos dejan poco espacio para el deseo, están a menudo cargados de angustias, y el niño o el adolescente lo sienten. Escuchando cómo algunos adolescentes, de diferentes medios sociales, hablan de su escaso gusto por la lectura, quedé sorprendida por sus discursos muy culpables, muy "versión oficial": "yo sé que tendría que leer", "yo sé que no leo bastante". Estábamos en una situación de obligación, donde había que leer para satisfacer a los adultos. La lectura, que para las generaciones anteriores fue a menudo un gesto de rechazo, de resistencia, es percibida por muchos adolescentes de hoy como un gesto aséptico, de conformismo, de sumisión.

También podemos interrogarnos sobre ciertos recursos por medio de los cuales se trata de "reconciliar", como se dice, a los adolescentes con los libros. En Francia, para tomar un solo ejemplo, se ha introducido la literatura juvenil en la escuela media. Los chicos son invitados a confeccionar fichas de lectura sobre libros que, hasta ayer, eran de su ámbito privado, si acaso podían tener acceso a esos libros. Pueden ser invitados también a expresar ante sus compañeros las emociones que esos libros han despertado en ellos. El psicoanalista René Diatkine decía que "Lo que más atenta contra el gusto por la lectura es la indagación, una intromisión poco delicada en un espacio donde todo es particularmente frágil".[2] Y recordaba que la parte de lo no-dicho de un cuento o de un texto literario, que es librada a la fantasía de cada

[2] René Diatkine, "La formation du langage imaginaire", *Les Cahiers d'ACCES*, París, núm. 4, p. 24.

quien, nunca debería ser objeto de indagación por parte de un adulto. Eso no significa que la literatura juvenil no tenga un lugar en la escuela media, y ese tema de las relaciones entre lectura y escuela es muy complejo. Pero me parece importante que existan espacios diferenciados: por un lado la escuela, por el otro las bibliotecas, de preferencia extraescolares, que dejan lugar para el secreto, para la libre elección, y son propicias para los descubrimientos singulares.

Ampliando la idea, hay algo en la lectura que no es compatible con la idea de programación, de promoción. ¿Se le ocurriría a alguien promover el amor, por ejemplo? ¿Y encargar el tema a las empresas o a los Estados? Sin embargo esto existe. En Singapur, donde realicé investigaciones hace unos quince años, el Estado fletaba barcos del amor y los ejecutivos de empresas, solteros de ambos sexos, eran insistentemente alentados a embarcarse en esos cruceros. Me parece que éste sería un buen método para fabricar todo un pueblo de frígidos.

Pero mi comparación no se sostiene. Si bien en los dos casos se apunta al deseo, a lo íntimo, la mayoría de las personas, cualquiera que sea su cuna, saben en mayor o menor medida qué hacer con su cuerpo sexuado y frágil y con su corazón impetuoso y vacilante, a veces ayudándose con experiencias de otros, halladas en los libros. Por el contrario, muchos hombres y mujeres jamás se acercarán a los libros. Creen que allí hay un mundo que no es para ellos.

Sin embargo, el deseo de pensar, la curiosidad, la exigencia poética o la necesidad de relatos no son patrimonio de ningún grupo social. Y cada uno de nosotros tiene derechos culturales: el derecho al saber, pero también el derecho al imaginario, el derecho a apropiarse de bienes culturales que contribuyen, en cada edad de la vida, a la construcción o al descubrimiento de sí mismo, a la apertura hacia el otro, al

ejercicio de la fantasía –sin la cual no hay pensamiento–, a la elaboración del espíritu crítico. Cada hombre y cada mujer tienen derecho a pertenecer a una sociedad, a un mundo, a través de lo que han producido quienes lo componen: textos, imágenes, donde escritores y artistas han tratado de transcribir lo más profundo de la experiencia humana.

Y las entrevistas que he realizado con lectores de distintos medios sociales me han enseñado que la experiencia de la lectura, si uno tiene la suerte de acceder a ella, no difiere según el nivel social. Hay personas provenientes de ambientes modestos que serían "poco lectores"* en términos estadísticos, pero que han conocido en toda su extensión la experiencia de la lectura: es decir, que han tenido acceso a sus diferentes registros y han encontrado en particular, en un texto escrito, palabras que los han alterado, que han "trabajado" en ellos, a veces mucho después de haberlas leído.

Pero si la experiencia de los lectores no difiere radicalmente según el medio social, los obstáculos sí son diferentes. Para unos todo está dado al nacer, o casi todo. Para otros, la distancia geográfica se agrega a las dificultades económicas y a los obstáculos culturales y psicológicos. Para quienes viven en barrios pobres en las orillas de las ciudades, o en el campo, los libros son objetos raros, poco familiares, investidos de poder, que dan miedo. Están separados de ellos por verdaderas fronteras, visibles o invisibles. Y si los libros no van a ellos, ellos nunca irán a los libros.

Muy a menudo en esos ambientes, las únicas ocasiones de contacto con los libros se dieron en la escuela, y eso puede traer malos recuerdos, recuerdos de fracaso o de humilla-

* "Faibles lecteurs" en el original en francés, aquí traducido como "poco lectores". El término se acuñó a partir de un estudio de estadística realizado cada ocho años por el Ministerio de Cultura francés y se refiere generalmente a la categoría de lectores que declaran leer menos de diez libros por año.

ción. Muchas personas se sienten incompetentes o avergonzadas delante de un libro; tienen la impresión de que ese privilegio pertenece a otros, a los que tienen recursos.

Esto es aún más cierto porque en los ámbitos donde impera una economía de subsistencia alguien puede sentirse culpable de leer, ya que es una actividad cuya "utilidad" no está bien definida; también puede sentirse culpable porque para leer se aísla, se retira del grupo. Es una actividad a menudo mal recibida en los medios populares, donde la gente se agrupa codo a codo para lo mejor y para lo peor, donde se valoran más las actividades compartidas y donde no se dispone de tiempo ni de espacio para sí mismo.

Esas fronteras que separan de los libros, esas prohibiciones que aumentan las dificultades, no desaparecen solas: por el contrario, en nuestra época la segregación y el confinamiento se acentúan por doquier. La televisión y la radio penetran en los espacios relegados, y hasta pueden ocupar allí todo el tiempo "libre". Pero con el libro y los textos impresos no ocurre lo mismo. No hay muchas ocasiones de tocarlos o de ver gente que lee. Los libros son como extranjeros, están en templos lejanos, adonde muchos nunca se atreverán a ir, porque saben que no van a estar en su lugar y que no sabrán cómo hacer.

Y es allí donde la "promoción de la lectura", para retomar esta expresión, recobra su sentido. Cuando alguien no ha tenido la suerte de disponer de libros en su casa, de ver leer a sus padres, de escucharlos relatar historias, las cosas pueden cambiar a partir de un encuentro. Un encuentro puede dar la idea de que es posible otro tipo de relación con los libros. Una persona que ama los libros, en un momento dado desempeña el papel de "iniciador", alguien que puede recomendar libros. De un modo informal, puede ser alguien cercano que ha tenido acceso a la lectura, puede ser de otro medio social que uno conoce por la vida de relación o por la militancia. Puede ser al-

gunas veces un docente, en una relación personalizada, singular. O puede ser un bibliotecario o un trabajador social el que va a dar a otra persona la ocasión de tener un contacto directo con los libros y de manipularlos. Y también va a encontrar las palabras para legitimar el deseo de leer, e incluso para revelar ese deseo. Por lo tanto es preciso multiplicar las posibilidades de mediación, las ocasiones de producir tales encuentros.

Así, abrir tiempos, espacios, donde el deseo de leer pueda abrirse camino, es una postura que hay que mantener muy sutilmente para que brinde libertad, para que no se sienta como una intromisión. Esto supone, por parte del "iniciador", un trabajo sobre sí mismo, sobre su lugar, sobre su propia relación con los libros. Para que alguien no diga: "pero éste... ¿qué quiere? ¿por qué me quiere hacer leer?" Y no se trata de lanzarse a una cruzada para difundir la lectura; sería la mejor manera de ahuyentar a todos. Ni tampoco de seducir, de hacer demagogia.

Con respecto a este tema, otra actitud errónea sería, según mi opinión, pensar las cosas en términos de "necesidades" o de "expectativas", y de lecturas capaces de satisfacer esas necesidades y esas expectativas. A menudo, en los medios donde leer no es habitual, los "iniciadores" intentan enganchar a la gente con libros que supuestamente tienen que ver con ellos. Pero después no siempre se les da oportunidad de pasar a otra cosa, de ampliar su universo cultural. Entonces los vemos condenados para siempre al punto de partida.

Por otra parte, en todos los ámbitos, editores y mediadores especulan sobre las "necesidades" de los jóvenes y se esfuerzan por apegarse a esas supuestas necesidades. Por ello quisiera recordar, evocando las enseñanzas del psicoanálisis, que no hay que confundir deseo y necesidad, reducir el deseo a una necesidad, porque de ese modo fabricamos anoréxicos.

Un escritor, un ilustrador no encuentra lectores, jóvenes o menos jóvenes, a partir de lo que él imagina que son las "necesidades" o expectativas de éstos, sino dejándose trabajar por su propio deseo, por su propio inconsciente, por el adolescente o el niño que fue. Dejándose llevar también por las cuestiones del presente. Esto habla, según mi modo de ver, de los límites de esos libros escritos a la medida para satisfacer tal o cual supuesta "necesidad" de los niños o de los adolescentes. Los libros que más les dicen algo son aquellos donde hay algo que pasa de inconsciente a inconsciente. Y, felizmente, eso se nos escapará siempre, en gran medida.

Yo suelo decir que nunca se podrá confeccionar una lista de los libros más apropiados para ayudar a los niños y adolescentes a construirse a sí mismos. Si me remito a las entrevistas que he realizado, ¿quién podría suponer que el filósofo Descartes sería la lectura preferida de una joven turca preocupada por escapar de un matrimonio por conveniencia?, ¿o que sería la autobiografía de una actriz sorda la que le permitiría a un joven homosexual asumir su propia diferencia?, ¿o incluso que los sonetos de Shakespeare inspirarían a un joven obrero de la construcción laosiano para escribir canciones?

Nunca es cuestión de encerrar a un lector en un casillero, sino más bien de lanzarle pasarelas, o mejor aún de darle ocasión de fabricar sus propias pasarelas, sus propias metáforas. Efectivamente, cuando escuchamos a los lectores nos sorprende el hecho de que los hallazgos, los relatos y las frases que les hablan, que los develan, que les ayudan a dar sentido a sus vidas y a resistir las adversidades, resultan a menudo inesperados. No necesariamente un lector privilegia un libro que se adapta a su propia experiencia. Por el contrario, una gran cercanía puede ser percibida como una intromisión. Y quizá sean las palabras de un hombre o de una mujer

que hayan pasado por pruebas muy distintas, a veces en épocas antiguas o en otros rincones del planeta, las que le brindarán a ese lector una metáfora de la que extraerá nuevas fuerzas.

No lo olvidemos, el lector no consume pasivamente un texto; se lo apropia, lo interpreta, modifica su sentido, desliza su fantasía, su deseo y sus angustias entre las líneas y los entremezcla con los del autor. Y es allí, en toda esa actividad fantasmática, en ese trabajo psíquico, donde el lector se construye.

Daré dos ejemplos más de esos encuentros sorprendentes e imprevisibles. Tomo el primero del escritor franco-español Miguel del Castillo. Le oí contar por la radio que durante su infancia en España, en tiempos de la Guerra Civil, su madre salía cada noche a las once para ir a trabajar en la radio. Cada noche se oían descargas de fusilería. Y su madre le había dicho: "Si una noche no oyes nada, es que la ciudad ha sido tomada, me detendrán, me fusilarán, y tú deberás ir a la embajada de Francia". Y él, librado a esa inmensa angustia de muerte, de separación, cada noche leía. Leía... *Las mil y una noches*. Al igual que Scherezada, repelía la muerte a fuerza de cuentos.

Tomo el segundo ejemplo de una escritora, Martine Le Coz. Escuchémosla:

> En otros tiempos pertenecía a una secta cristiana. Tenía algo más de dieciocho años. Toda forma de expresión individual era condenada o amordazada. La congregación se reunía en torno de un Libro único, la Biblia, combinado con comentarios estrictamente autorizados. Tras cinco años de sumisión, mi rebelión consistió en reabrir un espacio de lectura. El primer libro fue el de François Cheng (*Vacío y lleno. El lenguaje pictórico chino*).

François Cheng es un gran sinólogo contemporáneo que escribió mucho sobre la pintura y la escritura chinas. Cito nuevamente:

> De joven me gustaba dibujar. Retomé la senda del dibujo y seguí la enseñanza de los pintores chinos. Mi grafismo era rígido y cerrado, acorde con la impronta de la secta que había dejado. Yo estaba bastante segura de mi trazo, pero desconocía las fuerzas secretas del blanco. Aprendí a abrir las líneas para liberar los soplos, y también a perderlos bajo la aguada. Renuncié a mi control y cedí al vacío. Y tiré agua sobre mis dibujos, buscando la emoción y la sorpresa, para darle una oportunidad a lo maravilloso, y a la alegría ante lo que no viene de nosotros.[3]

En fin, la lectura es algo que se nos escapa. A ustedes los editores o iniciadores, a mí como investigadora. A los docentes, a los bibliotecarios, a los padres, a los políticos. E incluso a los lectores. Todo lo que pueden hacer los iniciadores de libros es, por supuesto, introducir a los niños –y a los adultos– a una mayor familiaridad, a una mayor naturalidad en el acercamiento a los textos escritos. Es transmitir sus pasiones, sus curiosidades, y cuestionar su profesión, y su propia relación con los libros, sin desconocer sus miedos. Es ofrecer a los niños y a los adolescentes la idea de que, entre todas esas obras de hoy o de ayer, de aquí o de allá, habrá seguramente algunas que sabrán decirles algo a ellos en particular. Es proponer a los lectores múltiples ocasiones de encuentros y de hallazgos, encuentros inéditos, imprevisibles, con una parte de azar, ese azar que a veces hace tan bien las cosas. Donde también la transgresión encontrará su lugar, ya que si todavía hoy tantos lectores y lectoras leen por la noche, si leer es

---

[3] *Une bibliothèque d'écrivains*, París, Editions du Rocher, p. 68.

a menudo un gesto de las sombras, no es sólo por una cuestión de culpabilidad: ellos crean así un espacio de intimidad, un jardín a resguardo de las miradas. Leen en los bordes, en las riberas de la vida, en los linderos del mundo. Y no dejan de sorprendernos.

(Traducción de Miguel y Malou Paleo)

¿"Construir" lectores?*

Les confieso que, a la vez que me complace encontrarme aquí, me siento un tanto incómoda en cuanto al tema: "Estrategias para la construcción de lectores". Ustedes se refieren, si no me equivoco, a los procesos por los cuales alguien se convierte en lector, así como al margen de maniobra que pueden tener los editores o los "iniciadores" del libro para que un número mayor de personas se conviertan en lectores.

El objeto de mis investigaciones no es tanto cómo podemos "construir" lectores, para retomar esa expresión, sino más bien cómo la lectura ayuda a las personas a construirse, a descubrirse, a hacerse un poco más autoras de su vida, sujetos de su destino, aun cuando se encuentren en contextos sociales desfavorecidos.[1] Me interesa particularmente describir de qué manera, apropiándose de textos que ustedes editan, o de fragmentos de textos, hay niños, adolescentes, mujeres, hombres, que elaboran un espacio de libertad a partir del cual pueden darle sentido a sus vidas, y encontrar, o volver a encontrar la energía para escapar de los callejones sin salida en los que estaban bloqueados.

En efecto, mientras se derraman lágrimas para lamentar el déficit de la lectura o la muerte del libro, yo puedo anun-

---

* Esta conferencia fue leída en la mesa redonda "Estrategias para la construcción de lectores", durante el Congreso Internacional de Editores de Buenos Aires, el 1 de mayo de 2000.

[1] Véase Michèle Petit, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura, op. cit.*

ciarles por lo menos una buena noticia: cuando uno tiene la suerte de acceder a ella, la lectura siempre produce sentido, incluso tratándose de jóvenes, incluso en medios que a priori están alejados de la cultura escrita. La lectura siempre produce sentido, aun para lectores poco asiduos, que si bien no dedican mucho tiempo a esa actividad, saben que algunas frases halladas en un libro pueden a veces influir en el rumbo de una vida. Y esa práctica tiene para ellos virtudes singulares que la distinguen de otros entretenimientos; para ellos el libro es más importante que lo audiovisual en un terreno: cuando permite abrirse a la fantasía, a lo imaginario, al mundo interior.

Al igual que ellos, estoy convencida de que la lectura sigue siendo una experiencia irremplazable, donde lo íntimo y lo compartido están ligados de modo indisoluble, y también estoy convencida de que el deseo de saber, la exigencia poética, la necesidad de relatos y la necesidad de simbolizar nuestra experiencia constituyen nuestra especificidad humana. Por todo eso, estoy empeñada en que cada hombre y cada mujer puedan tener acceso a sus derechos culturales, y en particular tener acceso a los libros, con los cuales él o ella van a situarse en una lógica de creatividad y de apropiación.

Sin embargo, no estamos en ese punto. Yo les decía que la lectura siempre produce sentido, si tenemos la suerte de tener acceso a ella. Pero para mucha gente, existe allí un mundo que no está a su alcance. Una escolarización insuficiente puede ser una de las causas de esa situación, pero tampoco podemos imaginar que leer sería algo espontáneo para los que fueron a la escuela. La ausencia física de libros y la distancia que separa de ellos representan obstáculos. Pero además, y eso lo he comprobado escuchando a los lectores, el

hecho de leer puede resultar imposible, o arriesgado, cuando significa entrar en conflicto con los valores o las pautas de vida del lugar, del medio en que cada uno vive.

En algunas sociedades poco letradas, leer un libro era internarse en un mundo peligroso, enfrentar al diablo. Semejante miedo puede hacernos sonreír hoy en día, cuando todos celebran los placeres de la lectura o deploran los estragos del analfabetismo. Y sin embargo... en Francia, en ese año 2000, aún podemos encontrar todos los días muchachos que aman la poesía y leen clandestinamente para evitar que los otros los golpeen duramente, tratándolos de "lameculos" o "maricas" ; hay mujeres en el campo que leen tomando todo tipo de precauciones, y que ocultan su libro si un vecino viene a verlas, para no parecer haraganas; chicas en barrios urbanos desfavorecidos que leen bajo las sábanas, con ayuda de una linterna; padres que se irritan cuando encuentran a sus hijos con un libro en las manos, pese a que antes les dijeron que "hay que leer"; documentalistas que confían en las nuevas tecnologías para, "por fin, quitarse los libros de encima"; docentes de letras que ocultan la novela que están leyendo cuando van a entrar a la sala de profesores, para no pasar por sabihondos y no arriesgarse a ser relegados; y también universitarios que nunca leen otra cosa que tesis o monografías, y desconfían de los que manifiestan gusto por los libros. Parece increíble pero es así. Como ejemplo tomo unas frases escritas por un universitario para un número muy reciente de la revista *Le Débat* (*El Debate*):

> Podemos decir que leer un libro dentro de la facultad es un signo de esnobismo y de afectación: es una prueba de que uno se mantiene al margen de la vida del establecimiento y de que sólo participa a ratos en ese torbellino incesante de organización y reorganización, en función de reformas sucesivas, que absorbe la totalidad de las energías

disponibles, con resultados que bien podríamos calificar de irrisorios.[2]

Todo esto no es específico de mi país, del que podría sospecharse de arcaísmo: investigadores y amigos que viven en contextos muy diferentes me cuentan regularmente historias como ésas. Y en realidad, desde que me dedico a investigar sobre la lectura y la relación con los libros, hace ya ocho años, no he dejado de sorprenderme por el gran número de anécdotas que hablan del miedo a los libros y de su permanente vigencia. Un miedo multiforme, ya que las prohibiciones sociales se conjugan con los tabúes inconscientes. Un miedo muy palpable en medios sociales desfavorecidos, pero que también podemos encontrar entre la gente con recursos, entre los profesionales del libro, entre los docentes. Curiosamente, sin embargo, de ese miedo no se habla. Para "construir lectores", como ustedes dicen, creo que tal vez deberíamos deconstruir un poco esos miedos; conocerlos bien nos permitirá ayudar a las personas que desean acercarse a los libros para que puedan transgredir las prohibiciones.

¿Cómo hace alguien para convertirse en lector o en lectora, a pesar de tantos obstáculos? En buena medida, y eso lo sabemos, es una cuestión de medio social. Cuando alguien proviene de un ambiente pobre, aun cuando haya tenido una formación escolar, los obstáculos pueden ser numerosos: pocos libros en casa, o ninguno, la idea de que eso no le corresponde, la preferencia por actividades colectivas antes que por esos "placeres egoístas", las dudas con respecto a la "uti-

[2] Jean-Fabien Spitz, "Les trois misères de l'universitaire ordinaire", París, *Le Débat*, 108, enero-febrero de 2000.

lidad" de la lectura, un acceso dificultoso a la lengua narrativa: todo eso puede sumarse para disuadir a alguien de leer. Y si se trata de un muchacho, hay que agregar a los amigos que ridiculizan a quien se dedica a esa actividad "afeminada" y "burguesa" que ellos asocian a las tareas escolares.

Pero los determinismos sociales no son absolutos y la lectura también es una historia de familias. Existen, en ambientes populares, familias en las que el gusto por la lectura se transmite de una generación a otra. E inversamente, en niveles socioeconómicos altos, existen familias en las que la lectura no tiene buena fama. Para que un niño se convierta más adelante en lector, sabemos cuán importante es la familiaridad física precoz con los libros, la posibilidad de manipularlos para que esos objetos no lleguen a investirse de poder y provoquen temor. Sabemos también cuán importantes son los intercambios en torno a esos libros, y en particular las lecturas en voz alta, en donde los gestos de ternura y los colores de la voz se mezclan con las palabras de la lengua de la narración: en Francia, aquellos a quienes su madre les ha contado una historia cada noche tienen el doble de posibilidades de convertirse en grandes lectores que quienes apenas pasaron por esa experiencia.[3] La importancia de ver a los adultos leyendo con pasión también se manifiesta en los relatos de los lectores. Alguien puede dedicarse a la lectura porque ha visto a un pariente, a un adulto que le inspira afecto, sumergido en los libros, lejano o inaccesible, y la lectura apareció como un medio de acercarse a él y de apropiarse de las virtudes que le adjudica.

Les doy aquí un breve ejemplo tomado de un escritor contemporáneo, Jean-Louis Baudry:

---

[3] François de Singly, *Les Jeunes et la lecture*, París, Ministère de l'Education Nationale et de la Culture, suplemento "Educations et formations", 24 de enero de 1993, p. 102.

> Imaginaba la lectura como una actividad destinada específicamente a las mujeres, como el baile, por ejemplo. Los hombres sólo tomaban parte en ella para acercarse más directamente a las mujeres. Leer un libro permitía convertirse en galán, en caballero acompañante de placeres que eran ante todo placeres de expresión. Por otra parte la lectura era tan femenina que feminizaba a los que se dedicaban a ella, como mi padre. Los feminizaba hasta el punto de que gracias a ella podían reflejar la luz de esas virtudes que hacían resplandecer a las mujeres, virtudes asociadas al ejercicio y al dominio del lenguaje: inteligencia, sutileza, fineza, imaginación, y un don que ellas parecían poseer, el de ver más allá de las apariencias. Pero sobre todo, y quizás paradójicamente, la lectura constituía uno de los atributos de la autonomía que yo les adjudicaba.[4]

En efecto, esa autonomía envidiada es lo que frecuentemente busca el lector joven. Y justamente por eso la lectura es un punto de apoyo decisivo para los niños y para los adolescentes que, desde muy temprano, han querido diferenciarse de sus pares. Porque también la lectura es una historia de rebeldes. Pero cuando alguien que no recibió nada al nacer pudo apoderarse de los libros, aparecen casi siempre en su historia ciertos encuentros, a veces fugaces, que han influido en el destino: un amigo, un docente, un bibliotecario, un trabajador social han transmitido su pasión, han legitimado o develado un gusto por la lectura, y han provisto los medios materiales que permiten apropiarse de esos bienes hasta entonces inaccesibles.

Yo digo "un", pero tengamos en cuenta que esos iniciadores de libros son en muchos casos mujeres, a tal punto que algunos se han preguntado si el futuro de los libros no depende del fu-

---

[4] Jean-Louis Baudry, "Un autre temps", *Nouvelle revue de psychanalyse*, "La lecture", 37, primavera de 1988.

turo de las mujeres.[5] En muchos lugares del mundo, las mujeres han desempeñado un papel preponderante como agentes del desarrollo cultural, junto con algunos hombres que quizás han integrado, que han aceptado su parte femenina, sin temor a perder por ello su identidad. Por lo tanto, yo alentaría fervientemente a los editores a luchar contra la misoginia, ya que en esto se juegan sus intereses: porque allí donde las mujeres son mantenidas al margen de la escolarización, al margen de la vida social, lo escrito no circula con fluidez. Dicho de una manera más amplia, la lectura no es fácilmente conciliable con el gregarismo viril ni con las formas de vínculo social en las que el grupo tiene siempre primacía sobre el individuo.

De hecho, el espacio de participación de la lectura es quizás más interindividual que social. Y repetiré lo que ya dije en las jornadas previas al congreso. Lo que pueden hacer los iniciadores de libros es introducir a los niños –y a los adultos– a una mayor familiaridad y una mayor soltura en la aproximación a los textos escritos. Es transmitir sus pasiones, sus curiosidades, interrogando su lugar, su oficio y su propia relación con los libros. Es ayudar a los niños y a los adolescentes a comprender que, entre todas esas obras, habrá seguramente algunas que sabrán decirles algo a ellos en particular. Es multiplicar las ocasiones de encuentros, de hallazgos. Es también crear espacios de libertad donde los lectores podrán trazar caminos recónditos y donde habrá disponibilidad para discutir con ellos acerca de esas lecturas, si así lo desean, sin que se produzcan intromisiones si esos lectores quieren conservar sus descubrimientos para sí.

Sin embargo debemos tener en claro que sólo se trata de factores propicios para el desarrollo de la lectura, y que nin-

[5] François de Singly, Texto leído en la clausura del coloquio "Sociologie de la lecture, anthropologie de l'écriture", Primeros encuentros nacionales sobre la lectura y la escritura, La Villette, 29-30 de enero de 1993.

guna receta podrá garantizarnos la conversión de las personas a la lectura. Por otra parte, es muy probable que no todos puedan transformarse en lectores. La relación con la lectura también tiene que ver con la estructura psíquica y con cierta manera de actuar respecto a la falta y la pérdida. Sin duda la lectura, y en particular la lectura literaria, tienen que ver con la experiencia de la falta y de la pérdida. Cuando uno pretende negar la pérdida, evita la literatura. O trata de dominarla.

A manera de conclusión, quisiera volver al título de esta mesa redonda: "Estrategias para la construcción de lectores". Parece absolutamente legítimo que los editores se preocupen por expandir el universo de los lectores. Pero hay en ese título un aspecto que me recuerda a Frankenstein, y pido perdón por decir eso. "Construir" lectores es una expresión bastante curiosa, algo así como si fuésemos todopoderosos, como si se tratara de encontrar una fórmula de alquimista para modelar vaya uno a saber qué criatura ideal. Por supuesto, ese sueño de omnipotencia es el reverso de un sentimiento de impotencia, y detrás de ese título se oye también un lamento, una letanía: ellos ya no leen, cómo hacer para que lean, traten de darnos recetas para que por fin podamos dominar a esos lectores inasibles.

Quisiera entonces atraer la atención de ustedes sobre la ambivalencia de ese título y sobre la que contienen los discursos catastróficos acerca de la lectura. El libro no es un producto como cualquier otro; con él nos situamos en un registro frágil que está vinculado en particular al deseo. Y los lectores potenciales son sujetos, sujetos que desean. Una vez más repetiré aquí lo que ya dije en la mesa redonda sobre promoción de la lectura: esos discursos alarmistas pueden ser percibidos como otras tantas exhortaciones, como testimonios de una voluntad de control y de dominio. En conse-

cuencia no debe sorprendernos que hoy en día muchos adolescentes le asignen a la lectura carácter de obligación, según el cual hay que leer para satisfacer a los adultos. Si generan resistencia a los libros, quizás sea también debido a los esfuerzos para hacerlos "tragar" esos libros.

La cultura es algo que se hurta, que se roba, algo de lo que uno se apropia, algo que uno acomoda a su manera. Y la lectura es un gesto con frecuencia discreto, que pasa de un sujeto a otro, que no se ajusta bien a una programación. Y si tratamos de capturar a los lectores con redes, mucho me temo que levanten el vuelo hacia otros placeres.

(Traducción de Miguel y Malou Paleo)

Lectura literaria y construcción del sí mismo*

Hoy me propuse hablarles del papel de la lectura en la construcción del sí mismo, en la elaboración de la subjetividad. En efecto, desde que empecé a trabajar sobre la lectura, poniendo el acento en la escucha de los lectores, éstos han hecho que mi atención se oriente hacia aquella cuestión, por vías muy diversas. Ya sea en el medio rural, donde mis colegas y yo realizamos unas cincuenta entrevistas,[1] y aún más en barrios urbanos desfavorecidos, donde escuchamos a un centenar de jóvenes de entre quince y treinta años, que habían frecuentado una biblioteca municipal,[2] esa dimensión fue ampliamente abordada, en forma espontánea, por nuestros interlocutores.

Por lo tanto yo quiero volver a ella, sobre todo porque me parece curiosamente desconocida o subestimada, aun por los mediadores del libro. Sin embargo no se trata de algo nuevo. En los ámbitos que se dedican al libro podríamos suponer que cada uno de nosotros sabe algo de esto a partir de su propia experiencia. Por otro lado, diversos investigadores, atentos a lo que decían los lectores, han dado cuenta de ello.[3]

---

* Esta conferencia fue leída en Buenos Aires en mayo de 2000, en el marco de un seminario en el Ministerio de Educación.

[1] Véase Michèle Petit, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura, op. cit.*

[2] *Op. cit.*

[3] Véanse como ejemplo los trabajos de los sociólogos de la literatura o de Martine Chaudron y François de Singly (coords.), *Identité, lecture écriture,* París, BPI-Centre Georges Pompidou, 1993. También Erich Schön, que ha recopilado biografías de lectores ("La 'fabricación' del lector", en *Identité, lecture, écriture, op. cit.*, pp. 17-44). Y asimismo la entrevista que había realizado Abdelmalek Sayad ("La lecture en situation d'urgence", en Bernadette Seibel (coord.),

Antes que ellos, muchos escritores contaron cómo la lectura les había permitido descubrir su mundo interior y volverse de ese modo más autores de su destino. Y entre ellos, escritores que habían crecido en un medio pobre, pensemos por ejemplo en Jack London o en Albert Camus. Construirse –o descubrirse– al leer, y salir de las prescripciones familiares o sociales por medio de la lectura, es en realidad una vieja historia.

Pero esa vieja historia desaparece con las clasificaciones que se emplean hoy en día y que oponen, por ejemplo, "lecturas útiles" a "lecturas de entretenimiento", o bien "lectura escolar" a "lectura de placer", o también "cultura ilustrada" a "usos habituales de la lectura". Desaparece si la lengua es percibida como un código, un vehículo de informaciones, un simple instrumento de comunicación. Y la literatura como un preciosismo para gente con recursos. Más adelante volveremos a este punto.

Elaborar un espacio propio

Entremos en materia de una buena vez. ¿De qué manera la lectura –y en particular la lectura literaria–[4] contribuye a la elaboración de la subjetividad? El tema es enorme, y sólo abordaré aquí algunos aspectos, refiriéndome a la experiencia de esos jóvenes usuarios de bibliotecas a los que evocaba y que no son necesariamente grandes lectores. Refiriéndome asimismo, en contrapunto, a lectores muy cultos, a algunos

---

Lire, faire lire, París, Le Monde, 1996, pp. 65-99. Naturalmente, también hay psicoanalistas que se han mostrado sensibles a esta dimensión.

[4] Aclaremos que por "lectura literaria" entiendo aquí la lectura de obras literarias y no el análisis de textos (a diferencia de algunos universitarios que reservan el uso de esta expresión a la "lectura" hecha por literatos profesionales).

escritores. Y ustedes verán que las experiencias de unos y otros coinciden en más de un punto.

El primer aspecto que deseaba evocar, porque quizá constituye la base de todo el resto, es que la lectura puede ser, a cualquier edad, un atajo privilegiado para elaborar o mantener un espacio propio, un espacio íntimo, privado. Ya lo dicen los lectores: la lectura permite elaborar un espacio propio, es "una habitación para uno mismo", para decirlo como Virginia Woolf, incluso en contextos donde no parece haber quedado ningún espacio personal.

Escuchemos a Agiba, a modo de ejemplo. Agiba tiene dieciséis años, vive en una familia musulmana bastante tradicional y está en conflicto permanente con sus padres y su hermano, que la ven alejarse del destino doméstico que imaginaban para ella. Desde su infancia tiene un refugio: la biblioteca, la lectura: "Yo tenía un secreto mío, era mi propio universo. Mis imágenes, mis libros y todo eso. Ese mundo mío está en los sueños". Christian, por su parte, tiene diecisiete años y vive en un hogar para trabajadores jóvenes. Va a la biblioteca para estudiar horticultura y gestión del agua. Y también: "Me gusta todo lo que tiene un aire a *Robinson [Crusoe]*, las cosas así. Me permite soñar. Me imagino que algún día llegaré a una isla, como él, y a lo mejor, quién sabe, podría hacerme una cabaña". Escuchemos también a Ridha, que recuerda sus lecturas de infancia: "Me gustaba porque *El libro de la selva* es algo así como arreglárselas en la selva. Es el hombre que por su ahínco acaba siempre por dominar las cosas. El león es tal vez el patrón que no quiere darte trabajo o la gente que no te quiere. Y Mowgli se construye una choza, es como su hogar, y de hecho pone sus marcos. Se delimita".

Escuchemos finalmente a un escritor llamado Bernard Chambaz. En una conferencia evocaba, respecto de Babar

(personaje de cuentos para niños) y de las novelitas de aventuras de su infancia, "la elaboración de un paisaje singular que era todo obra mía, y en el que yo comenzaba a abrir mi propio camino". Y también "un espacio-tiempo", "una geografía en la que tuve la impresión de haberme descubierto o reconocido".[5]

Habrán notado ustedes la evocación de lugares, de habitáculos: la cabaña en la isla, la choza en la selva, el paisaje que es obra de uno mismo, la geografía. Se trata sin duda de lectores que viven en Europa, para quienes los mares del Sur son semilleros de sueños. Y de paso les digo que tendría mucha curiosidad por saber de qué espacios se alimenta la fantasía de los chicos de otras regiones del mundo. Pero lo que es universal, es que el lector joven elabora otro lugar, un espacio donde no depende de otros. Un espacio que le permite delimitarse, como dice Ridha, dibujar sus contornos, percibirse como separado, distinto de lo que lo rodea, capaz de un pensamiento independiente. Y eso le hace pensar que es posible abrirse camino y andar con su propio paso.

Esa lectura es transgresora: en ella el lector le da la espalda a los suyos, se fuga, salta una tapia: la tapia de la casa, del pueblo, del barrio. Es desterritorializante, abre hacia otros espacios de pertenencia, es un gesto de apartamiento, de salida. Y lo es sobre todo cuando se trata de la lectura de obras literarias, pues en el origen de innumerables cuentos, novelas y relatos está precisamente el alejamiento de la familia, de la casa, y la transgresión. Para esto los remito en particular a los análisis de Vladimir Propp acerca de los cuentos populares, reunidos en *Morfología del cuento popular*. Propp coleccionó miles de cuentos, trató de clasificarlos, y descubrió que esos

[5] Comunicación para el coloquio *Los adolescentes y la literatura*, organizado por el Centro de Promoción del Libro Juvenil, en el marco del Salón del Libro Juvenil, Montreuil (Francia), 23 y 24 de noviembre de 1998.

relatos estaban regidos por un orden ritual, por cierto número de "funciones" que se ordenan siempre del mismo modo. Las tres primeras son: 1) uno de los miembros de la familia se aleja de la casa; 2) el héroe entra en conocimiento de una prohibición; 3) la prohibición es infringida: el héroe hace lo que no debe hacerse o dice lo que no debe decirse. Dicho de otro modo, crea algo nuevo, inventa sentido. Es lo que encontramos también en numerosas novelas, a tal punto que se ha podido decir que "el acto de fundación de la novela, a pesar de su gran diversidad de expresión, es la partida del héroe que, por medio de su desarraigo, forja su identidad".[6]

El lector sigue la huella del héroe, o de la heroína que se fuga. Allí, en las historias leídas u oídas, en las imágenes de un ilustrador o de un pintor, descubre que existe otra cosa, y por lo tanto un cierto juego, un margen de maniobra en el destino personal y social. Y eso le sugiere que puede tomar parte activa en su propio devenir y en el devenir del mundo que lo rodea.

"¿Identificación?"

Este espacio creado por la lectura no es una ilusión. Es un espacio psíquico, que puede ser el sitio mismo de la elaboración o la reconquista de una posición de sujeto. Porque los lectores no son páginas en blanco donde el texto se vaya imprimiendo. Los lectores son activos, desarrollan toda una actividad psíquica, se apropian de lo que leen, interpretan el texto, y deslizan entre las líneas su deseo, sus fantasías, sus angustias. Para evocar esa libertad del lector, Michel de Certeau tenía una bonita fórmula. Escribía: "los lectores son via-

[6] Rafel Pividal, "Questions sur le roman", *Le Débat*, 90, mayo-agosto de 1996, p. 33.

jeros; circulan sobre tierras ajenas, como nómadas que cazan furtivamente a través de campos que no han escrito".[7]

Esto es algo que puede producirse a lo largo de toda la vida, pero que es muy sensible en la adolescencia, esa época en la que el mundo exterior es percibido como hostil, excluyente, y en la que uno se enfrenta a un mundo interior inquietante, y está asustado por las pulsiones nuevas, a menudo violentas, que experimenta. Entonces los adolescentes acuden a los libros en primer lugar para explorar los secretos del sexo, para permitir que se exprese lo más secreto, que pertenece por excelencia al dominio de las ensoñaciones eróticas, las fantasías. Van en busca además de palabras que les permitan domesticar sus miedos y encontrar respuestas a las preguntas que los atormentan. Indagan en distintas direcciones, sin hacer caso de rúbricas y líneas demarcatorias entre obras más o menos legítimas. Y encuentran a veces el apoyo de un saber, o bien, en un testimonio, en un relato, en una novela, en una poesía, el apoyo de una frase escrita, de un discurso ordenado, de una escenificación. Al poder dar un nombre a los estados que atraviesan, pueden ponerles puntos de referencia, apaciguarlos, compartirlos. Y comprenden que esos deseos o esos temores que creían ser los únicos en conocer, han sido experimentados por otros que les han dado voz.

Es lo que dice Pilar, que es de origen español e hija de un obrero de la construcción:

> A través del libro, cuando uno tiene en sí mismo reflexiones, angustias, bueno, yo no sé, el hecho de saber que otra gente las ha sentido, las ha expresado, creo que eso es muy pero muy importante. A lo

---

[7] Michel de Certeau, "Lire: un braconnage", en *L'Invention du quotidien I, Arts de faire*, París, 10/18, 1980 (trad. al español: *La invención de lo cotidiano I, Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 1996).

mejor porque el otro lo dice mejor que yo. Hay una especie de fuerza, de vitalidad que emana de mí, porque lo que esa persona dice, por equis razones, yo lo siento intensamente.

A propósito de esta lectura, se habla generalmente de "identificación". Y durante mucho tiempo se ha temido, como ustedes saben, a una lectura demasiado "identificadora" donde el lector pudiera ser "aspirado" por la imagen fascinante que se le ofrece, con peligro de seguirla en sus peores desviaciones. Este miedo sigue estando vigente: en Francia, en la enseñanza de la lengua y la literatura, en particular, se ha privilegiado desde hace unos treinta años una concepción instrumental, formalista, pretendidamente "científica". Y se ha desechado la "identificación", a la que se redujo toda la experiencia de la lectura subjetiva.

Pero ¿qué dicen los adolescentes o los adultos cuando se acuerdan de los libros que marcaron su adolescencia? Algunas veces, desde luego, hablan de esos héroes o esas heroínas a los que acompañan a lo largo de las páginas. Por ejemplo, en el caso de las muchachas que viven en barrios marginales, hablan de heroínas que tuvieron destinos trágicos, marcados por la violencia, el incesto, la violación, el matrimonio forzado, las relaciones sexuales obligadas... y que a veces lograron escapar de ellos.

Pero más que la adhesión a determinada figura, lo que resulta sorprendente al escuchar a esos lectores, a esas lectoras, es la evocación del trabajo psíquico, del trabajo de ensoñación, de pensamiento, que acompañó o siguió a la lectura. Lo repito: de lo que se trata es de la elaboración de una posición de sujeto. De un sujeto que construye su historia apoyándose en fragmentos de relatos, en imágenes, en frases escritas por otros, y que de allí saca fuerzas para ir a un lugar diferente al que todo parecía destinarlo. Y si determinado libro o determinada frase contaron para ellos es porque les permitieron

reconocerse, no tanto en el sentido de reconocerse en un espejo como de sentir que tienen un derecho legítimo a tener un lugar, a ser lo que son, o, más aún, a convertirse en lo que no sabían todavía que eran.

Hay allí todo un proceso de simbolización que no me parece reductible a una identificación, ni incluso a una proyección. Hay textos, o más bien fragmentos de textos, que funcionan como otros tantos *insights*, para tomar ese término de los psicoanalistas, como otros tantos haces de luz sobre una parte del sí mismo en sombras hasta ese momento. El texto viene a liberar algo que el lector llevaba en él, de manera silenciosa. Y a veces encuentra allí la energía, la fuerza para salir de un contexto en el que estaba bloqueado, para diferenciarse, para transportarse a otro lugar.

Se trata de una experiencia que ha sido identificada y descrita desde hace tiempo por numerosos escritores, quienes son lectores de excelencia. Citaré a tres de ellos y les ruego disculpen mi etnocentrismo (los tres son escritores franceses), ya que no tuve tiempo de buscar textos que relataran experiencias vividas en otras latitudes. Me parece sin embargo que la región del mundo en la que uno vive no tiene, en este caso, una importancia crucial. Escuchemos pues a Marcel Proust: "... cada lector es, cuando lee, el propio lector de sí mismo. La obra de un escritor no es más que una especie de instrumento óptico que él le ofrece al lector a fin de permitirle discernir aquello que, sin ese libro, quizás no habría visto en sí mismo".[8] André Gide afirma prácticamente lo mismo, señalando que existen libros –o algunas frases, algunas palabras en un libro– que se incorporan a nosotros. Su poder, dice, "proviene de que no hizo más que revelarme al-

[8] Marcel Proust, *Le temps retrouvé*, París, Gallimard (ed. en español: *En busca del tiempo perdido. 7. El tiempo recobrado*, Madrid, Alianza Editorial, Biblioteca Proust, 1998).

guna parte de mí desconocida para mí mismo; para mí sólo fue una explicación, sí, una explicación de mí mismo". Y agrega: "¡Cuántas princesas soñolientas llevamos en nosotros, ignoradas, esperando que una palabra las despierte!"[9]

Cito también a un escritor contemporáneo, Jean-Louis Baudry:

> El niño que lee [...] siente que hay en él virtualidades infinitas, innumerables oportunidades; que, al igual que la selva ecuatorial o la isla desierta, él es un territorio que se ofrece a nuevas aventuras, a otras exploraciones. Y se convierte en el conquistador de los libros que lo han conquistado. Él posee ahora, junto con la facultad de integración, junto con una pasividad que lo ha expuesto a todas las colonizaciones imaginarias, un poder desmesurado.[10]

Cuando describen esa experiencia, los lectores suelen mencionar ese momento de inversión en el que, como lo señala Baudry, de conquistado, de colonizado, el lector pasa a ser conquistador. Y por eso, para despertar a las princesas que dormitan en ellos, los escritores leen antes de enfrentarse a la página en blanco. Siguiendo un proceso que me parece similar, aunque uno no se convierta en escritor, a veces la lectura hace surgir palabras en el lector, lo fecunda. En ese diálogo, o en ese juego, él o ella pueden empezar a decir "yo", a enunciar un poco sus propias palabras, su propio texto, entre las líneas leídas. Y también porque el rango de las palabras se modifica: al leer, el lector experimenta que existe una lengua distinta de la que se usa todos los días: la lengua del relato, de la narración, donde los hechos contingentes adquieren sentido en una historia organizada, puesta en perspectiva.

---

[9] *Conférence sur la lecture*, citada por Pierre Lepape en *Le Monde*, 15 de octubre de 1999.
[10] Jean-Louis Baudry, *L'Age de la lecture*, París, Gallimard / Haute enfance, 2000, p. 43.

He citado a varios escritores, pero insisto en que esta experiencia no es propia de gente culta o con recursos. La han vivido personas provenientes de medios populares, sin ser lectoras asiduas, a veces a partir de algunas páginas. Queda claro que la lectura no debe ser apreciada solamente a partir del tiempo que se le dedica, o del número de libros leídos o recibidos. Algunas palabras, una frase o una historia pueden dar eco a toda una vida. El tiempo de lectura no es sólo el que dedicamos a dar vuelta a las páginas. Existe todo un trabajo, consciente o inconsciente, y un efecto a posteriori, un devenir psíquico de ciertos relatos o de ciertas frases, a veces mucho después de haberlos leído.

Ya lo señalé en otras ocasiones, esas frases, esos fragmentos que le hablan al lector, que lo revelan, son con frecuencia inesperados. No siempre un texto cercano a su propia experiencia es el que ayudará a un lector a expresarse, e incluso una proximidad estrecha puede resultar inquietante. Mientras que encontrará fuerzas en las palabras de un hombre o de una mujer que hayan pasado por pruebas diferentes. Precisamente allí, donde ofrece una metáfora, donde permite una toma de distancia, es donde un texto está en condiciones de trabajar al lector. Porque ese trabajo psíquico se realiza a partir de los mecanismos que Freud había identificado como inherentes al sueño: la condensación y el desplazamiento. O sea que es imposible prever cuáles son los libros que resultarán más aptos para ayudar a alguien a descubrirse o a construirse.

Esto complica un poco la tarea de los "iniciadores" del libro, aunque también puede volverla más divertida. Porque el juego está abierto, y deja una parte para la invención, para la libertad. Desde luego, los adolescentes se introducen en modas que los hacen pedir selectivamente determinado *best-seller* y despotricar contra cualquier texto que se aparte de los

caminos trillados. Pero al mismo tiempo las lecturas suelen presentar en esta edad un carácter muy anárquico: los adolescentes aprovechan todo lo que cae en sus manos, sin pensar en las clasificaciones convenidas.

Y su atracción por la transgresión, el exceso, la maldad o la violencia puede ser una clave para introducirse en lecturas muy diversas, incluyendo... los textos "clásicos", como lo sabe más de un profesor. La literatura, no lo olvidemos, es un vasto espacio de transgresión. Pero dentro de este espacio, no todos los textos son tan elaborados. Algunos no hacen en el mejor de los casos más que desviarnos un momento de nuestra condición, u ofrecer un distractor temporal al horror de nuestros fantasmas; otros, de hoy o de ayer, son más propicios para desencadenar una actividad psíquica, una actividad de pensamiento, en eco, en resonancia con el pensamiento, con el trabajo de escritura de su autor.

"Un lugar de perdición"

La lectura, y más precisamente la lectura literaria, nos introducen asimismo en un tiempo propio, a cubierto de la agitación cotidiana, en el que la fantasía tiene libre curso y permite imaginar otras posibilidades. Ahora bien, no olvidemos que sin ensueño, sin fantasía, no hay pensamiento, no hay creatividad. La disposición creativa tiene que ver con la libertad, con el rodeo, con la regresión hacia vínculos oníricos, con atenuar tensiones. Basta con ver en qué momentos los sabios hacen sus descubrimientos: generalmente mientras pasean, o al tomar un medio de transporte, o al darse un baño, o al garabatear sobre un papel, o al levantar los ojos de una novela.

Escuchemos a dos lectores. El primero es otra vez el escritor Jean-Louis Baudry, que recuerda sus lecturas de infancia:

> ... no era solamente a través de sus historias, de sus personajes, de sus diálogos y de sus descripciones como los libros nos enseñaban lo que éramos; no era solamente porque, al enriquecer nuestro vocabulario y complicar nuestra sintaxis, nos aportaban instrumentos de pensamiento un poco más adecuados, sino porque, al interrumpir nuestra agitación habitual, poniendo nuestro cuerpo en reposo y creando nuevas predisposiciones, su lectura permitía que emergieran pensamientos, imágenes, todos esos hilos de la vida secreta que se entrelazaban con las frases que leíamos.[11]

El segundo es un estudiante al que entrevistamos durante la investigación en barrios marginados. Se llama Hadrien y evoca la biblioteca en la que pasa mucho tiempo: "Entramos ahí por otra cuestión pero las cosas nos van llevando y de pronto ya estamos divagando. Una biblioteca es un lugar donde uno debe poder quedarse sin apuro. Es un lugar de perdición, aunque generalmente la biblioteca es considerada ante todo como un lugar de eficiencia".

Quisiera aquí abrir un paréntesis a partir de las palabras de Hadrien, para señalar que esa dimensión de "perdición" de la biblioteca y de la lectura, como él dice muy bien, no es del agrado de muchos. Y se encargan de cubrirla con un manto de eficiencia. En cuántas familias, por ejemplo, los niños son alentados a leer porque parece que eso podría ser útil para sus estudios, pero provocan irritación cuando alguien los encuentra con un libro en las manos y perdidos en sus fantasías. Cuántos trabajadores sociales, e incluso formadores o bibliotecarios, encasillan a las personas de medios pobres en lecturas "útiles" o prácticas, es decir aquellas que supuestamente van a serles de aplicación inmediata en sus estudios, en la búsqueda de un empleo o en la vida cotidiana.

---

[11] *Ibidem*, p. 25.

Sin embargo no puede considerarse como un lujo o una coquetería el hecho de poder pensar la propia vida con la ayuda de palabras que enseñan mucho sobre uno mismo, sobre otras vidas, otros países y otras épocas. Y eso por medio de textos capaces de satisfacer un deseo de pensar, una exigencia poética, una necesidad de relatos, que no son el privilegio de ninguna categoría social. Se trata de un derecho elemental, de una cuestión de dignidad.

Lamentablemente, el que es pobre se ve privado, la mayoría de las veces, del acceso a esos textos y a esas bibliotecas. Piensa que eso no es para él. Recuerdo aquí a una señora que se me acercó muy tímidamente al final de una conferencia que yo había dado en una biblioteca, en las afueras de París. Trabajaba en el servicio doméstico. Había oído hablar de un café literario que se hacía en la biblioteca y había venido varias veces. Esa noche había estado a punto de irse; entre el público había muchos docentes y pensó que "era demasiado elevado para ella", como decía. Pero luego se animó a quedarse. Hablando de la biblioteca me dijo: "yo vengo aquí para existir".

¿Por qué se teme que la lectura y la biblioteca sean "un lugar de perdición", como decía Hadrien? ¿Por qué algunos quieren reducirlas a un registro de eficiencia? ¿Por qué la soledad del lector o de la lectora frente al texto inspiró temor en todas las épocas? Por supuesto, existen miedos relativos al contenido de los libros, del que todo tipo de "iniciadores" pretenden "proteger" al lector. Subsiste hoy todavía, más a menudo de lo que suponemos, el temor de que el libro instile en nosotros algo pernicioso, algo sedicioso. O que sea recibido de manera extraviada, incontrolable, que alguien encuentre en él algo distinto de lo conveniente. Pero más aún que el contenido de los libros, lo que da miedo, me parece, es el gesto mismo de la lectura, que constituye un desapego, una forma de desviarse. Los lectores y las lectoras irritan porque no se puede ejercer

mucho ascendiente sobre ellos, porque se escapan. Son como traidores o desertores. Se los considera asociales y aun antisociales. Y constantemente son llamados al orden.

Recuerdo aquí a un hombre con el que conversaba en un avión y que se puso rígido, irritado, cuando supo que yo investigaba sobre la lectura: "Le diré, señora, yo he observado que las mujeres que leen son siempre un poco egoístas". Recuerdo también a Zohra, una joven que conocí en una biblioteca, quien junto con sus hermanas tuvo que pelear duramente para conquistar el derecho de leer y de asistir a una biblioteca: "Cuando mis padres nos veían leer, cuando no queríamos movernos porque estábamos con un libro, se ponían a gritar; no aceptaban que leyéramos por placer. Era un momento aparte, un momento propio, y a ellos les costaba aceptar que tuviésemos momentos propios. Había que leer para la escuela, había que leer para instruirse".

Al igual que los poderes políticos fuertes, los tiranos domésticos saben instintivamente que hay en ese gesto una virtualidad de emancipación que puede amenazar su dominio. Pero si bien la lectura hace temer a veces la pérdida de influencia sobre los demás, también puede generar la idea de que alguien podría perderse a sí mismo en el camino, si asumiera el riesgo de leer. O más bien perder una especie de caparazón que uno confunde con su identidad.

Yo no sé cuál es la situación en la Argentina, pero en muchos países, en particular en medios populares, existe una idea de que leer es algo que feminiza al lector. Un trabajador social me contaba, por ejemplo, que en el barrio donde él trabaja, cuando un muchacho intenta acercarse a los libros, los miembros de su banda le dicen: "No hagas eso. Se te va a ir la fuerza". Esos chicos confunden el hecho de abandonar por unos minutos su caparazón con el de caer en la debilidad. Abrir un

libro sería mostrar que uno no sabe, que le falta algo que se encuentra allí.[12] La angustia de perder la virilidad es particularmente clara cuando el libro puede despertar el mundo interior, evocar una interioridad tanto más extraña e inquietante cuanto que está asociada a las mujeres. Dejarse llevar, dejarse poseer por las palabras presupone tal vez, para un muchacho, la aceptación, la integración de su parte femenina, y eso no es de ahora. Asimismo la pasividad, la inmovilidad que la lectura parece requerir puede ser vivida como angustiante.

Y de hecho, la lectura literaria parece ser casi siempre una cuestión de chicas, o bien de chicos que ya se han diferenciado de quienes los rodean por su temperamento solitario, por su sensibilidad, o a veces por una alteración que sigue a un encuentro. Aquellos leen para elaborar su singularidad, y lo hacen muchas veces escondiéndose, para evitar la represión que persigue al "intelectual", al que "se complica la existencia", al que se diferencia de los suyos.

Pero en Francia, más allá de los medios populares, la lectura y sobre todo la lectura literaria, son cada vez más una cuestión de mujeres y de chicas: tres cuartas partes de los lectores de novelas son hoy en día lectoras.[13] ¿Por qué la diferencia se acentúa actualmente? En Francia, esto suele atribuirse a veces a la feminización de los diferentes "iniciadores" del libro. Con esto no hace más que replantearse la pregunta: ¿por qué hay tan pocos muchachos que se interesan en los oficios relacionados con el libro? ¿Y de qué margen de maniobra se dispone para atraer a la lectura a esos jóvenes que tienen una necesidad tan grande de una identidad "de concreto"? ¿Cómo hacer para que le tengan menos miedo a la interioridad, a la sensibilidad,

---

[12] *Cf.* Serge Boimare, *La peur d'apprendre chez l'enfant*, París, Dunod, 1999 (trad. al español: *El niño y el miedo de aprender*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2001).

[13] Olivier Donnat, *Les Pratiques culturelles des Français, Enquête 1997*, París, La Documentation française, 1998.

menos miedo, también, a la polisemia de la lengua? Este margen de maniobra me parece a veces estrecho, y no debemos imaginar que los que están en una posición de omnipotencia imaginaria tengan muchas ganas de salir de ella.

No obstante, entre los jóvenes a los que conocimos cuando hacíamos nuestras entrevistas en los barrios marginados, algunos habían pasado del gregarismo viril de la calle a la asistencia asidua a una biblioteca. Y a veces teníamos la impresión de que en el fondo se habían necesitado pocas cosas, en algunos momentos, para que se encaminaran hacia un lado y no hacia el otro. Del encuentro, incluso temporal, con un adulto referente que transmitió un poco de sentido o dio la idea de otra cosa.

Podríamos hablar largo rato de esos miedos. Tan sólo hice un breve comentario a partir de la expresión de Hadrien: "un lugar de perdición". Sin duda la lectura, y en particular la lectura literaria, tienen que ver con la experiencia de la falta y de la pérdida. Cuando uno pretende negar que desde la primera infancia la vida está hecha de esa experiencia, cuando no quisiera ser más que armadura, superficie, músculos, cuando se construye una identidad hecha de concreto, o bien cuando está inmerso en la ideología del éxito, evita la literatura. O trata de dominarla. Y al mismo tiempo se priva de uno de los recursos para superar la pérdida. Se priva de disfrutar los juegos de la lengua. Y de experimentar al mismo tiempo su verdad más íntima y su humanidad compartida.

La transición a otras formas de vínculo social

Y es que, paradójicamente, ese gesto solitario, salvaje, hace que mucha gente descubra cuán cerca puede estar de otras

personas. Tan sólo tomaré el ejemplo de Aziza, una joven de origen tunecino de dieciocho años, que habla de su lectura de un relato autobiográfico:

> Me aportó más conocimientos sobre la segunda Guerra Mundial y cómo la había vivido la gente. Eso se estudia en historia, pero no es lo mismo. Nos hablan de las consecuencias demográficas, pero mientras uno no lo vive... Porque ahí tenía la impresión de vivir esa historia con la gente. Parece muy abstracto cuando el profe dice: "ya ven, hubo cien mil muertos". Uno anota un número y nada más. Cuando leí el libro me pregunté: ¿cómo pudieron vivir todo eso?...

Numerosos lectores nos dijeron hasta qué punto la lectura había sido para ellos el medio para abrirse al otro, para no temerle tanto, para ampliar su horizonte más allá de los allegados, de los parecidos a ellos. Como ese chico, Charly, que decía: "La biblioteca es un lugar donde uno puede consultar al mundo".

No hay que confundir elaboración de la subjetividad con individualismo, ni tampoco sociabilidad con gregarismo. Leer no nos separa del mundo. Nos introduce en él de manera diferente. Lo más íntimo tiene que ver con lo más universal, y eso modifica la relación con los otros. La lectura puede contribuir, de ese modo, a la elaboración de una identidad que no se basa en el mero antagonismo entre "ellos" y "nosotros", mi etnia contra la tuya, mi clan, mi pueblo o mi "territorio" contra el tuyo. Puede ayudar a elaborar una identidad en la que uno no está reducido solamente a sus lazos de pertenencia, aun cuando esté orgulloso de ellos. A la elaboración de una identidad plural, más flexible, más lábil, abierta al juego y al cambio.

Y cuando uno está un poco más familiarizado con los juegos de la lengua, quizás no se siente tan desnudo, tan vulne-

rable frente al primer charlatán que pasa y pretende curar sus heridas con una retórica simplista. Más aún, escuchando a los jóvenes que viven en barrios marginados y que han frecuentado una biblioteca, vemos que la lectura, aunque sea episódica, permite estar mejor armado para resistir a ciertos procesos de exclusión. Para imaginar otras posibilidades, soñar y construirse. Para encontrar la distancia del humor y para pensar. Se entiende que la lectura puede volver a alguien crítico o rebelde, y sugerirle que puede ocupar un lugar en la lengua, en vez de tener siempre que remitirse a los demás.

Escuchemos a Liza, que es de origen camboyano:

> Ahora yo empiezo a adoptar posiciones políticas, mientras que antes la política me tenía sin cuidado. Y esas opiniones, esas tomas de posición, las tengo gracias a la lectura, a los intercambios con mis compañeros, con mis profesores, y todo eso... Creo que llegué a una fase de maduración, para poder decidir, elegir... tomar decisiones y mantenerlas. Sobre todo para defenderlas, para argumentar. Esto es completamente diferente de la cultura camboyana, en la que se piensa en grupo, se hacen las cosas en grupo y, de hecho, no hay muchos intercambios porque no se discute.

Es cierto que la lectura puede perturbar las formas de organización social en las que el grupo ejerce primacía sobre el individuo, allí donde se cierran filas en torno de un patriarca o de un líder. Lo que está en juego con la difusión de la lectura es quizás el cambio hacia otras formas de pertenecer a una sociedad. Y justamente por eso, hoy todavía, los poderes políticos fuertes prefieren difundir videos, o si acaso fichas, o textos seleccionados, que se entregan con su interpretación y comentarios, limitando al máximo todo posible "juego" y dejando al lector la menor libertad posible.

De manera inversa, el hecho de luchar contra la reducción del sentido de las palabras a uno solo, el hecho de hacer jugar el sentido de las palabras, es algo que puede tener efectos políticos. Con la literatura, nos situamos en un registro muy distinto del correspondiente al discurso de la comunicación, que se supone transparente, sin sujeto. Como afirma el psicoanalista tunecino Fethi Benslama, "Con la literatura, pasamos de una humanidad hecha por el texto a una humanidad que hace el texto".[14]

Entre lectura para sí mismo y lectura escolar, ¿una contradicción irremediable?

En relación con esta temática de la elaboración de la subjetividad y de las resistencias que se oponen a ella, quisiera abordar un último punto: el de las relaciones complejas entre lectura y escuela. Esas relaciones son vividas con frecuencia en tono de conflicto por los alumnos, quienes pueden volverse muy feroces cuando hablan de la institución escolar. Otro tanto puede ocurrir con nosotros como ex alumnos. Tanto en nuestras entrevistas como en las que realizaron otros investigadores, muchos jóvenes –aunque no todos– estuvieron de acuerdo en afirmar que la enseñanza ejercía un efecto disuasivo sobre el gusto de leer. Se quejaban de esas clases donde se disecan los textos, de las horribles "fichas de lectura", de la jerga especializada, de los programas arcaicos. Y de tantas otras cosas.

Eso no es una novedad, no debemos imaginar que en otras épocas la mayoría de los alumnos se haya entusiasmado par-

[14] Cf. *Pour Rushdie, Cent intellectuels arabes et musulmans pour la liberté d'expression*, París, La Découverte/Carrefour des littératures/Colibri, 1993, p. 90.

ticularmente con la lectura de los clásicos, salvo cuando un profesor lograba convertirlos en algo vivo. Tanto antes como ahora esos autores hacían las delicias de algunos alumnos, pero aburrían a muchos. Otros hurgaban en antologías, no en busca de lo "Bello" y lo "Bueno" sino en busca de experiencias humanas. O se embarcaban en desviaciones que habrían horrorizado a sus maestros: como el escritor Georges-Arthur Goldschmidt que cuenta en sus memorias cómo había encontrado elementos para nutrir sus fantasías sadomasoquistas en traducciones latinas donde aparecían esclavos.[15]

Más allá de lo que puedan decir los alumnos, algunos escritores o sociólogos han emitido opiniones capaces de desesperar a los profesores: Borges decía que uno enseña poesía cuando la detesta; Nathalie Sarraute agregaba que al comentar un texto, se le da muerte. Y según Pierre Bourdieu la escuela destruye, erradica la necesidad de una lectura en la que el libro es percibido como depositario de secretos mágicos y del arte de vivir, para crear otra necesidad, de forma diferente.[16]

No sé cuál será el caso de Argentina, pero en Francia, en los últimos años, es evidente que la enseñanza ha evolucionado en un sentido totalmente opuesto a lo que sería la iniciación en un "arte de vivir". Y de un modo general le ha dado una mínima participación a la literatura. Por supuesto con las mejores intenciones del mundo: la literatura ha sido representada como algo que contribuía a reproducir un orden social determinado, porque únicamente los niños de medios acomodados estaban inmersos "naturalmente" en

---

[15] Georges-Arthur Goldschmidt, *La Traversée des fleuves*, París, Seuil, 1999.

[16] Pierre Bourdieu y Roger Chartier (entrevista), "La lecture, une pratique culturelle", en *Pratiques de la lecture*, Roger Chartier (coord.), París, Petite bibliothèque Payot, 1993, p. 279.

esa cultura ilustrada que era familiar a sus padres. Ya lo dije antes, también se dejó de lado con desprecio la "identificación", a la que quedó reducida toda la experiencia de la lectura subjetiva. Y se dio prioridad a una concepción inspirada en el estructuralismo y en la semiótica, que se decía más democrática, más "científica".

En resumidas cuentas, para tomar un ejemplo, se puede evaluar a los alumnos de unos quince años sobre las siguientes definiciones: metáfora, metonimia, sinécdoque, perífrasis, oxímoron, hipérbole, epífora, gradación, lítote, eufemismo, antonomasia, hipálage, preterición, expleción, hipérbaton, prosopopeya, paronomasia, y no incluyo las mejores, del tipo de epanalepsis, anadiplosis, anacoluto y otras zeugmas. Y evidentemente podemos preguntarnos si leemos o escribimos con eso.[17]

Por ello, en un estudio publicado el año pasado, algunos sociólogos escriben esa frase terrible: "Cuanto más asisten a la escuela los alumnos, menos libros leen".[18] Según ellos, la enseñanza del francés contribuiría a un proceso de rechazo de la lectura. En particular, al pasar a la preparatoria, lo cual se produce teóricamente alrededor de los quince años, se exige a los alumnos una verdadera "conversión mental", para que se sitúen con respecto a los textos en una actitud distante, erudita, de desciframiento del sentido, lo que marca una ruptura con sus lecturas personales anteriores.

Porque resulta que, simultáneamente, en la secundaria, donde se estudia entre los once y los quince años, se ha tratado de integrar la lectura personal a la actividad escolar, es-

---

[17] Tomo este ejemplo de François Bon, quien lo mencionó en el coloquio *Les adolescents et la littérature* citado anteriormente.

[18] Christian Baudelot y Marie Cartier, "Lire au collège et au lycée", *Actes de la recherche*, 123, junio de 1998, p. 25. También: Christian Baudelot, Marie Cartier y Christine Detrez, *Et pourtant ils lisent*, París, Seuil, 1999.

pecialmente al incorporar allí la literatura juvenil. Pero también eso plantea dudas, y hay docentes que se preguntan: "...al querer intervenir demasiado en ese terreno ¿no corre el riesgo la institución escolar de terminar de destruir una forma determinada de relación con el libro, y privar así al adolescente de su deseo de leer?"[19] ¿La escuela no se atribuye de ese modo cierto derecho de fiscalización sobre un ámbito eminentemente privado? Es cierto que las mejores intenciones del mundo pueden terminar siendo intromisivas. Un día oí decir a una asesora pedagógica que se les podría pedir a los adolescentes que refirieran en clase sus grandes emociones personales vinculadas con la lectura. Y a los docentes, que hicieran lo mismo delante de sus alumnos. Vinieron a mi memoria los textos que habían marcado mi adolescencia, esos encuentros que habían vuelto más inteligibles mi destino y mi parte de sombras. Por nada del mundo habría querido decir una palabra de todo aquello en clase.

Vemos entonces que la cuestión es muy compleja. Sin duda alguna, hay que abrir las ventanas, abrir el corpus de las obras estudiadas. Abrirlo a otras regiones del mundo –en mi país los programas siguen estando muy centrados en los textos canónicos de la literatura nacional– a pesar de algunas tímidas aperturas. Abrir más el corpus, también, a los escritores contemporáneos. Lo que no significa por cierto sustituir tal o cual gran obra clásica por literatura de escaso nivel, como algunos intentan hacer. Porque en ese caso se perfilaría una escuela de dos "velocidades", donde a los hijos de pobres se les asignarían novelas de poca monta, supuestamente más cercanas a sus "vivencias", mientras que sólo los provenientes de medios con recursos podrían tener acceso a obras

[19] Annie Pibarot, "Le secret de la lecture privée", en *Lecture privée et lecture scolaire*, Grenoble, Centre régional de documentation pédagogique, 1999, p. 93.

que han atravesado los tiempos y que, al igual que los mitos antiguos, pueden estar muy próximas de las preocupaciones de los niños o de los adolescentes, pero ofreciéndoles la oportunidad de una puesta en perspectiva.

Debemos también interrogarnos, sin duda, sobre la modalidad demasiado formalista que ha prevalecido en la enseñanza. Sin embargo existe probablemente una contradicción irremediable entre la dimensión clandestina, rebelde y eminentemente íntima de la lectura personal, y los ejercicios que se hacen en clase, bajo la mirada de otros. Lo esencial de la experiencia personal de la lectura no se vuelca en una ficha. Los gestos que acompañan la lectura escolar y la lectura personal no son los mismos. Cito una vez más al escritor Jean-Louis Baudry, que dice:

> Si nuestros libros de clase se diferencian de los que serán ofrecidos a nuestro placer, y hasta se oponen a ellos [...] es ante todo porque unos exigían una actitud rígida e incómoda adaptada al banco del pupitre o a una silla de madera, mientras los otros permitían indolencias y lascivias de odalisca sobre un diván, o meditaciones de sabio hindú en los rincones donde nos habíamos refugiado.[20]

Tampoco hay que confundirlo todo. La escuela no sabrá mucho, ni debe saber mucho, acerca de los hallazgos más perturbadores que los niños o los adolescentes hacen en los libros. Pero corresponde a los docentes conducir a los alumnos a una mayor familiaridad, a una mayor soltura en el acercamiento a los textos escritos. Y hacerles sentir que la necesidad del relato constituye nuestra especificidad humana, y que desde los albores de los tiempos los seres humanos han narrado y escrito historias que se han transmitido de unos a

[20] Jean-Louis Baudry, *op. cit.*, p. 26.

otros. Y también hacerles gustar la diversidad de los textos, hacerles comprender que entre todos esos escritos de ayer o de hoy, de aquí o de allá, habrá algunos que seguramente sabrán decirles algo a ellos en particular. Y hacerles descubrir la voz singular de un poeta, el asombro de un sabio o de un viajero, que pueden hacerse oír de la manera más amplia, pero tocándonos *uno por uno*. También les corresponde, me parece, abrir el sentido de un escrito, mostrar que si bien no es posible hacer decir cualquier cosa a un texto, existen varias lecturas posibles, varias interpretaciones, y que esa polisemia, esa reserva de sentido, representa una oportunidad. Y estar disponibles, asimismo, si los alumnos desean debatir acerca de cuestiones existenciales que plantea el contenido de las obras –como los celos, el sentido de la vida, la muerte...– y no solamente hablar de las formas literarias. Y deben, más a menudo, transferir una parte de la tarea a las bibliotecas, que dan lugar al secreto y a la elección personal, y son propicias para los hallazgos singulares, y si fuera posible, a bibliotecas externas al universo escolar. Me parece importante que existan lugares diferenciados, cada uno con su propia vocación.

Y naturalmente, lo que está en juego es sobre todo el vínculo personal del maestro o del bibliotecario con los libros. Esos jóvenes que no son amables con la escuela, suelen tener alguna frase para evocar a *un* maestro que supo transmitirles su pasión, su curiosidad, su deseo de leer y de descubrir. E incluso hacerles gustar los textos difíciles. Hoy en día, como en otras épocas, si bien la escuela tiene todo tipo de defectos, tal o cual docente singular posee la habilidad que le permitió llevar a sus alumnos a una relación diferente con los libros, que no es la del deber cultural y la obligación austera.

Para un buen número de esos jóvenes que no se sentían en condiciones de incursionar en la cultura letrada a causa de su

origen social, uno o más encuentros con un maestro o con un bibliotecario resultaron decisivos. No se trata necesariamente de encuentros regulares, continuos, durante un periodo largo, ya que un encuentro fugaz puede a veces influir en el destino de alguien. Tampoco se trata de relaciones de gran familiaridad, sino más bien de una actitud receptiva y distante a la vez, una actitud de apertura a la singularidad de cada uno y de respeto por su intimidad, demostrando pasión por los objetos culturales que proponemos y lucidez acerca de nuestra tarea. Una actitud que le demuestre al otro que le estamos haciendo lugar, en el sentido más verdadero del término.

Para transmitir amor por la lectura, y en particular por la lectura literaria, es preciso haberlo experimentado. En nuestros ámbitos familiarizados con los libros, podríamos suponer que ese gusto es algo natural. Sin embargo, entre los bibliotecarios, los docentes y los investigadores, o en el medio editorial, muchos son los que no leen, o que se limitan a un marco profesional estrecho, o a un determinado género de obras. Y en esos ambientes, entre quienes aman la lectura, hay algunos que se ocultan, por temor al qué dirán. Parece increíble, pero algunos docentes, por ejemplo, me han dicho que cuando entran a la sala de profesores disimulan el libro que están leyendo, o el diario *Le Monde*, por temor a que los tilden de snobs, o de "intelectuales", y exponerse así al rechazo de sus colegas.

Y así cada uno, docente, estudiante, bibliotecario o investigador, puede interrogarse un poco más con respecto a su propia relación con la lengua y con la literatura. Sobre su propia capacidad para vivir las ambigüedades y la polisemia de la lengua, sin dejarse perturbar por ellas. Sobre su propia capacidad para ser alterado por lo que surge, de modo imprevisto, a la vuelta de una frase. Y para dejarse llevar por un

texto, en lugar de querer siempre controlarlo. Sobre esta cuestión les recomiendo un pequeño ejercicio: escriban su autobiografía como lectores. Yo lo hice, hace un año.[21] Había pasado cientos de horas en divanes de psicoanalistas, creía saberlo todo sobre mi relación con los libros, y sin embargo descubrí algunas cosas. Quisiera invitarlos a hacer lo mismo, no con la intención de hacer un inventario, una lista de las obras leídas a tal o cual edad, sino algo más, tratando de localizar momentos claves y de identificar el devenir psíquico de tal o cual lectura. Y si les hace falta un destinatario, me ofrezco de buen grado a leer lo que hayan escrito.

(Traducción de Miguel y Malou Paleo, y Diana Luz Sánchez)

[21] Véase el último apartado de este libro: "Del Pato Donald a Thomas Bernhard".

La lectura reparadora*

Si ustedes conocen mis trabajos, saben que me he interesado en el papel que desempeña la lectura en el descubrimiento y la construcción del sí mismo, un tema que ha sido evocado con frecuencia por los lectores a quienes entrevisté. Esa dimensión se percibe con claridad en la infancia, la adolescencia o la juventud. Pero también puede ser crucial en etapas de la vida en las que debemos reconstruirnos: cuando fuimos golpeados por un duelo, una enfermedad, un accidente o una pena de amor; cuando hemos perdido nuestro empleo; cuando atravesamos por una depresión o una crisis psíquica, todas esas pruebas que conforman nuestro destino, todas esas cosas que afectan negativamente la representación que tenemos de nosotros mismos y el sentido de nuestra vida.

El año pasado, cuando me pidieron que expusiera sobre el tema de la lectura en el hospital, tuve oportunidad de hurgar un poco en todo esto. En Francia, en los últimos treinta años, el desarrollo de la hospitalización pública estuvo acompañado por un deseo de humanización, y es en ese marco donde encuentran su lugar las bibliotecas de hospitales. La situación, por supuesto, es muy diferente según los lugares: en muchos servicios no hay ningún libro, en muchos otros sólo encontramos carritos a cargo de voluntarias que dependen de asociaciones, y en algunos establecimientos existen

* Esta conferencia fue leída en Buenos Aires en mayo de 2000, en el marco de un seminario en el Ministerio de Educación.

verdaderas bibliotecas atendidas por profesionales que suelen ser creativos. Pero muchos de los que trabajan en este sector lo hacen un poco a su manera y necesitan tomar distancia y conceptualizar. En ese contexto recurrieron a mí.

Por otra parte quiero confesar que cuando escucho la palabra "hospital" salgo corriendo, como muchos otros. Por eso no hice sobre este tema una verdadera investigación; no realicé entrevistas con los enfermos a pesar de que habitualmente doy prioridad a la escucha de los lectores. Como punto de partida, he transferido algunas cosas que había aprendido en mis anteriores investigaciones. He debatido con bibliotecarios o auxiliares médicos que trabajaban en el ámbito hospitalario; y ellos me aseguraron que yo trataba temas que formalizaban sus experiencias. También leí o releí trabajos de varios psicoanalistas. Y si bien no escuché a los enfermos, leí lo que algunos escritores pudieron escribir al hallarse frente a la enfermedad o a la hospitalización. Son precisamente algunos de esos materiales de investigación, algunas líneas de trabajo, junto con las reflexiones que me inspiraron, los que pensaba presentarles hoy.

Elaborar un espacio privado

Cuando traté de pensar cuál sería la importancia que podría tener la lectura en medios hospitalarios, recurriendo a lo que había aprendido en mis investigaciones, varias dimensiones me parecieron esenciales: la primera, es que la lectura puede ser un atajo privilegiado para elaborar o mantener un espacio propio, íntimo, privado. Como prolongación de ese aspecto la lectura puede ser un recurso para dar sentido a la experiencia de alguien, para darle la palabra a sus esperanzas, a sus miserias, a sus deseos; la lectura puede ser también un

auxiliar decisivo para repararse y encontrar la fuerza necesaria para salir de algo; y finalmente, otro elemento fundamental, la lectura es una apertura hacia el otro, puede ser el soporte para los intercambios. Estas variadas dimensiones, según la experiencia de cada quien, son a menudo una misma y única cosa.

Diremos ahora algunas palabras sobre el primer aspecto: la lectura puede ser, a cualquier edad, un recurso privilegiado para elaborar o mantener un espacio propio, un espacio íntimo, privado, incluso en los contextos donde no se entrevé ninguna posibilidad de disponer de un espacio personal. La lectura es una vía de acceso privilegiada hacia ese territorio de lo íntimo que ayuda a elaborar o sostener el sentimiento de la individualidad, al que se liga la posibilidad de resistir a las adversidades.

Esto era lo que me habían aportado mis investigaciones en el medio rural y en los barrios urbanos desfavorecidos.[1] También me impresionó que en Francia algunas asociaciones humanitarias le dieran siempre importancia al hecho de brindar acceso a los libros a los sin techo, para que pudieran conservar un mínimo de espacio íntimo, un espacio de ellos, aun cuando vivieran en las calles, expuestos a la mirada de la gente.[2]

Resulta que el hospital no es ni una calle ni una prisión. Pero esta dimensión de la lectura como recreación de un espacio privado puede tomar sentido pleno en esta institución donde el espacio de lo íntimo se reduce como una piel de zapa. Donde uno se siente asignado a una categoría de cuerpo-objeto, obligado a someterse, "por su bien", a las decisiones de otros. Donde todo nos reduce a una pasividad, a una pérdida

---

[1] Véase Michèle Petit, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura, op. cit.*

[2] Pienso particularmente en ATD Cuarto-Mundo.

de autonomía, a una regresión: ya sea por la enfermedad y por los límites que ésta impone a la motricidad, o por las curaciones soportadas, o bien por la naturaleza misma del discurso médico y del funcionamiento de la institución, aun cuando muchos de los que trabajan en ella se dediquen a hacerla más "humana".

Lo que está en juego a partir de la lectura es la conquista o la reconquista de una posición de sujeto. En la lectura hay otra cosa más allá del placer, que es del orden de un *trabajo psíquico*, en el mismo sentido que hablamos de trabajo de duelo, trabajo de sueño o trabajo de la escritura. Un trabajo psíquico que nos permite volver a encontrar un vínculo con aquello que nos constituye, que nos da lugar, que nos da vida. No volveré sobre todo este asunto, que ya he abordado en otras ocasiones.

La dimensión reparadora de la lectura

Únicamente quisiera insistir en el hecho de que en la lectura o en la rememoración de obras literarias (cuando leer es imposible materialmente), hay algo que puede ir mucho más allá del olvido temporal de las penas. Algo que, en el hospital, tiene que ver con el sentido de la vida, con mantener la dignidad, con mantener la humanidad, a pesar de las mutilaciones y de las curaciones humillantes. Esto tiene que ver también con la recomposición de la imagen de uno mismo, ese uno mismo a veces herido en lo más profundo. Cuando uno se siente despedazado, cuando el cuerpo es atacado, y se despiertan gran cantidad de angustias y de fantasías arcaicas, la reconstrucción de una representación de sí mismo, de su interioridad, puede ser vital. Y en las lecturas, o también en la contemplación de obras de arte, hay algo que puede ser profundamente reparador.

Quisiera desarrollar un poco esta dimensión reparadora, y para ello tendría que hacer una incursión en el ámbito del psicoanálisis. La lectura tiene un parentesco con las actividades llamadas de sublimación, y ustedes saben quizás que para el psicoanálisis, la sublimación se asimila al trabajo de duelo[3] y nace con el primer objeto del que se debe hacer el duelo. Winnicott describe especialmente cómo, con la experiencia de la falta, el niño va a construir un juego, para sobrellevar la angustia de separación de su madre. Winnicott introduce la noción de área transicional, espacio psíquico que se inaugura entre el niño y la figura materna, si el niño se siente en confianza.[4] En este espacio, el niño se apodera de objetos que se le proponen, ya se trate de una punta de la manta, de un oso de peluche o, más tarde, de objetos culturales. Y esos objetos investidos protegen de la angustia de separación, simbolizan la unión de las cosas que están diferenciadas a partir de allí. Representan la transición, el viaje del niño que pasa del estado de unión con la madre al estado de relación con ella.

El paso a un estado donde uno va a "construir los esbozos de su emancipación",[5] donde va a elaborar su posición de sujeto, supone así un "espacio" apacible y objetos librados a la imaginación. Por otra parte lo que ofrece una biblioteca, lo que ofrece la lectura, es precisamente eso: un espacio, en el sentido real y metafórico, en donde sentirse suficientemente protegido para poder ir y venir libremente, sin peligro, y abandonarse a la fantasía, y tener la mente en otra parte. La biblioteca ofrece un espacio, y propone objetos, objetos culturales, que podemos apropiarnos, que podemos probar.

---

[3] Véase Didier Anzieu, *Le corps de l'oeuvre*, París, Gallimard, 1981 (ed. en español: *El cuerpo de la obra, ensayos psicoanalíticos sobre el trabajo creador*, México, Siglo XXI, 1993).

[4] Donald W. Winnicott, *Jeu et réalité*, París, Gallimard, 1975 (ed. en español: *Realidad y juego*, Barcelona, Gedisa, 1992).

[5] Para decir como Marie Bonnafé en *Les Livres, c'est bon pour les bébés*, París, Calmann-Lévy, 1994

Winnicott insiste en el hecho de que todo objeto es un objeto "encontrado", y en la importancia de esos objetos adoptados. También destaca la importancia de jugar con los objetos, lo que permite precisamente el descubrimiento de sí mismo, el advenimiento de un sujeto. Si tenemos la suerte de acceder a objetos culturales, en la prolongación del juego de la infancia, podemos –y cito a Winnicott– "utilizar esos objetos existentes para ser creador en ellos y con ellos".[6] Así podemos recuperar un sentimiento de confianza en nuestra propia continuidad, en nuestra capacidad de simbolizar, de pensar y de establecer relaciones con los otros.[7]

Carlota y *El Pájaro Azul*

Y desde la más tierna edad las palabras leídas pueden, particularmente, protegernos de la angustia de la separación. Es algo que me llegó de manera muy especial escuchando al psiquiatra infantil Patrick Ben Soussan cuando evocaba su experiencia en un servicio de neonatología.[8]

Les presento entonces la historia de Carlota y el cuento de Maeterlinck titulado *El pájaro azul*, tal como él la contó:

> La madre de Carlota, una pequeña prematura, baña cada día a su hija. Cada día le cuenta un poco del cuento de Maeterlinck, acunándola contra ella. Los médicos y las enfermeras están perplejos, experimentan una ternura divertida. ¿Qué puede entender Carlota? ¿Por qué esa historia? ¿Qué interés o qué importancia puede tener repetirla así, invariablemente? ¿Carlota "escucha" algo de todo eso? Al cabo de algu-

---

[6] Donald W. Winnicott, *op. cit.*, p. 141.

[7] Didier Anzieu, *op. cit.*, pp. 22-23.

[8] Relató esta experiencia en *La culture des bébés*, Ramonville, Eres, colección Mil y Un Bebés, 1997.

nos días, sin embargo, hay que admitir lo evidente: cuando la madre relata, todos los parámetros de control de Carlota –presión, ritmo cardíaco, frecuencia respiratoria, saturación de oxígeno– se normalizan y se mantienen estables. Carlota ya no presenta ni apnea, ni movimientos anormales; está tranquila, de buen color, apacible. ¿Está atenta? ¿En escucha?

Pero un día su hermanito se enferma y su madre se ve obligada a cambiar sus hábitos de visita: sólo podrá pasar por la tarde o por la noche. Los primeros días, después del baño, Carlota se muestra agitada, ¿se impacienta acaso? Todas las alarmas suenan: su corazón late demasiado rápido, el oxígeno está muy bajo... ¿Estaría llamando a su madre, a su manera? No hay ningún proceso patológico al que pueda culparse por todo esto. ¿Qué ocurre? Sin embargo rápidamente Carlota recupera su tranquilidad; el rato después del baño la deja serena, con una sonrisa en los labios. Después de un momento de desasosiego, Carlota, que estaba perdida, ha vuelto a encontrar el recuerdo de su madre y de la historia. Memorizó la experiencia pasada y su clima sensorial. Es como si, en ese momento, se contara la historia para ella misma... Como si el pájaro azul estuviese allí, sobre el borde de la incubadora, junto con su madre. Y como si, bajo sus alas protectoras, Carlota pudiese entonces esperar el regreso "físico" de su madre, de su voz y de la historia narrada.

Ben Soussan recuerda que "antes de ser un 'suplemento de alma' caro a los poetas, el libro es un espacio habitado por la madre, en su presencia más carnal". Esa dimensión profundamente reparadora, apaciguante, del cuento leído por la madre o por alguien que la representa, del relato escrito en una lengua distinta de la lengua cotidiana, es algo que René Diatkine relataba con frecuencia, como psicoanalista que también había trabajado mucho con bebés y con niños pequeños. Refiriéndose a las historias leídas al niño antes de que se duerma, y que le permiten soportar mejor la oscuridad, el miedo a la muerte y el miedo a que sus padres mueran, decía

lo siguiente: "Sólo la narración de una historia ficticia parece surtir efecto contra esa angustia de separación, un relato en una lengua de estructura distinta del habla de la vida cotidiana".[9] Eso es lo que le permite al niño mantener sus miedos a distancia y atravesar la noche. Pero no nos engañemos: como Ben Soussan suele recordarnos, los bebés somos nosotros. El bebé y el niño siguen viviendo en nosotros, nos asedian y nos fecundan a lo largo de toda nuestra vida.

Y a cualquier edad, la enfermedad o la internación son momentos en los que uno está confrontado, más que nunca, con todos sus límites, con la fragilidad de su condición de mortal y con su soledad para enfrentar ese miedo. Confrontado también con una soledad tanto más temible cuanto que uno está separado transitoriamente de sus allegados, e incluso definitivamente privado de su presencia si uno es anciano y ya no tiene a nadie. En ese momento cada quien vive también la experiencia del encierro y de la estrechez del horizonte. Se entiende entonces que la lectura, oral o silenciosa, permita, en ciertas condiciones, recrear un poco esa continuidad, esa área transicional que yo mencionaba hace un rato, y así soportar mejor el dolor de la separación. Y también se entiende que le permita a uno volver a las fuentes, hacer vagabundear su imaginación, mantener su dignidad, y "seguir existiendo", simplemente, como a menudo han comentado algunos enfermos a los bibliotecarios o a los narradores que trabajan en el hospital.

Thomas Bernhard y *Los endemoniados*

Algunas veces esos encuentros con textos leídos pueden llegar a desempeñar un papel decisivo en un proceso de cura-

[9] "Hommage à René Diatkine", *Les Cahiers* ACCES, 4, julio de 1999, p. 8.

ción. Eso es lo que yo quisiera exponer y para ello les propongo, después de haber seguido a la pequeña Carlota, que sigamos a Thomas Bernhard. Ya lo dije antes: al no haber podido oír evocaciones de lectura hechas por personas internadas, me volví hacia los escritores. He releído en particular dos obras de Bernhard, un escritor inmenso que luchó con la enfermedad durante casi toda su vida y que fue hospitalizado en numerosas ocasiones. Son obras muy duras y les confieso que esa relectura me puso a prueba. Leer no siempre es una recompensa. En la primera obra, titulada *Le Souffle (El aliento)*,[10] Bernhard se refiere varias veces al papel que desempeñó la lectura para él, cuando siendo adolescente se encontraba en una clínica de recuperación. Recuerda en particular aquellos momentos en que su madre le llevaba diarios, revistas y libros de grandes escritores como Novalis o Kleist. Y dice así: "Solía quedarse junto a la cabecera de mi cama leyendo un libro mientras yo leía otro; para mí fueron las más hermosas visitas de mi madre".[11] Durante esas visitas su madre le habla de su propia infancia, alternando recuerdos con lecturas, y el joven narrador querría que esos momentos de relatos y lecturas no terminaran nunca. Poco tiempo después, en el transcurso de una noche, decide abrirse a la literatura mundial. Pide que le traigan a Shakespeare, Cervantes, Montaigne, Pascal, Péguy. Los devora y habla de ellos con su compañero de habitación:

> En efecto, yo simplemente había superado el momento difícil y ya contaba con muchos recursos para salir del paso. La iniciativa había nacido en mi cabeza, hacía bastante tiempo. En mi habitación, mi bi-

[10] París, Gallimard-Biblos, 1990.
[11] Thomas Bernhard, *op. cit.*, p. 278.

> blioteca había crecido hasta contener varias docenas de libros [...] Del mismo modo en que, todas las mañanas desde hacía meses, respetaba fielmente la prescripción de controlar mi temperatura, apenas despertaba me encontraba en compañía de mis libros, mis amigos más cercanos y más íntimos. Fue justamente en Grossgmain (en ese pueblo se encuentra la clínica de recuperación) donde repentinamente y de manera decisiva para mi vida ulterior, se me ocurrió dedicarme a la lectura. [...] descubrí que la lectura puede aportar la solución matemática a nuestra vida [...] Con la lectura yo había construido un puente por encima de los abismos que se abrían a cada momento, había podido escapar a estados de ánimo que apuntaban solamente a la destrucción.[12]

Pero ocurre que en esa clínica de recuperación Bernhard contrae tuberculosis y atraviesa el infierno, relatado en otro libro, *Le Froid (El frío)*.[13] No más lectura, no más escritura, aparentemente durante mucho tiempo. Luego se encuentra otra vez en una etapa de evolución ascendente, decide recobrar su salud, y guarda esa decisión como su mayor secreto: "Tenía que pensar en salir de aquí, y sin demora [...] Tenía que volver a controlar la situación y, ante todo, controlar mi mente, y eliminar radicalmente lo que me afectaba [...] Era yo quien tenía que dirigir a los médicos y a sus auxiliares, y no lo contrario, y eso no era fácil". Entre tanto, su madre había muerto y sus parientes ya no le escribían, y allí, en ese momento decisivo en el cual se hace cargo de sí mismo, aparece otra vez la lectura.

> Me sumergía en Verlaine y en Trakl y leí *Los endemoniados* de Dostoievski; un libro con un espíritu tan insaciable y radical y, en general,

---

[12] *Ibidem*, p. 300.
[13] París, Gallimard-Biblos, 1990.

un libro tan voluminoso como nunca antes había leído; me embriagué y durante algún tiempo fui sólo uno con los endemoniados [...] La monstruosidad de los endemoniados me había dado fuerza, me había mostrado un camino, me había dicho que estaba en la buena senda para salir. Había sido tocado por una obra literaria furiosa y grande para que yo mismo surgiera de ella transfigurado como héroe. En mi vida ulterior no fue frecuente que la literatura ejerciera una acción tan inmensa.

También se pone a escribir, y a llenar fichas, para rescatar del olvido todo lo que le cruza por la mente. "En *Los endemoniados* había encontrado todo lo que correspondía a mi experiencia",[14] nos aclara. Desde entonces no ceja en su empeño de encontrar nuevos endemoniados, pero la biblioteca del hospital no se los provee. "En aquel tiempo –nos dice– tenía además un nuevo incentivo para salir".

Con respecto a la experiencia de Thomas Bernhard yo quisiera hacer algunos comentarios. El primero es que él comienza a leer a partir de las lecturas que le procuró su madre, y de esos momentos vividos en su compañía. Una vez más se ha recreado allí ese espacio transicional que yo mencionaba hace un rato. Un espacio que él podrá recuperar en un segundo momento, gracias a los libros, aun cuando su madre ya no esté más con él.

El segundo comentario es que en su caso la lectura no interviene en un momento cualquiera. Aparece para sostener en dos ocasiones, de manera decisiva, un proceso de curación, para sostener una voluntad de hacerse cargo de sí mismo, un deseo de independencia, y un deseo de *salir*, como él dice.

[14] Thomas Bernhard, *op. cit.*, p. 392.

Es algo que me ha impresionado, porque cuando escuchaba a los jóvenes en barrios desfavorecidos, había observado que la biblioteca y la lectura ayudaban mucho a los que, en un momento dado, decidían salir de esa situación. Para aquel o aquella que querían diferenciarse de lo que habían conocido hasta ese momento, y que estaban en un proceso de emancipación, la lectura venía realmente a sostener ese proceso. Sin embargo el aporte de la lectura era mucho más incierto para los que no estaban afirmados en ese deseo de hacerse cargo de sí mismos.

Un tercer comentario a partir de los textos de Thomas Bernhard: esos hallazgos que ayudan a expresarse, a recuperar fuerzas, y que a veces, insisto, son decisivos, pueden ser de naturaleza muy diversa, y más de una vez resultan inesperados. Algunas veces, esos relatos, esas palabras van a remitir a una experiencia similar a la del lector. Pero no siempre el lector prioriza un libro que se identifica con su experiencia. Y allí donde ofrece una metáfora o donde implica un desplazamiento es donde un texto "trabaja" verdaderamente al lector. En el caso de Bernhard son *Los endemoniados* de Dostoievski los que corresponden a su experiencia, como él dice. ¿Quién habría podido suponerlo?

Personalmente, cuando yo pasé por momentos de gran desazón, la literatura que atraviesa la desesperanza me reconfortó más, paradójicamente, que la que se dedica a evocar pequeños placeres. Creo que eso tiene que ver con el hecho de que el lector se encuentra allí, inconscientemente, con el impulso del escritor, que escribe a partir de la falta y de la pérdida pero que, por medio de la escritura, supera esa pérdida y va hacia una reconquista de la vida. Eso fue lo que experimentó el joven Thomas Bernhard con la lectura de Dostoievski, un Dostoievski que durante toda su vida escribió a partir de la angustia y de la enfermedad.

Como lo expresa el psicoanalista André Green: "el trabajo de la escritura presupone una llaga y una pérdida, una herida y un duelo, y la obra será la transformación de todo eso..."[15] Y como agrega otro psicoanalista, Didier Anzieu:

> Cuando alguien ha perdido a un ser querido, observen su comportamiento con respecto a la lectura. Mientras no pueda leer, su duelo no tendrá lugar. Si abre un ensayo, una novela, un poema –todo lo que no sea una exhortación laica o religiosa para soportar su situación actual– es que está escapando de la melancolía, es porque deja que el duelo lo trabaje. La lectura es, junto con la amistad, una de las contribuciones más seguras al trabajo de duelo. De una manera general, nos ayuda a hacer el duelo de los límites de nuestra vida, de los límites de la humana condición.[16]

"Somos una especie sujeta al relato"

Esta breve deriva hacia la lectura en el hospital me hizo sentir claramente hasta qué punto el relato puede tener un valor terapéutico, es algo sabido desde tiempo atrás. Y, más allá, hasta qué punto la necesidad de relato, de narración, hace nuestra especificidad humana. Como dice el escritor Pascal Quignard: "Somos una especie sujeta al relato [...] Nuestra especie parece estar atada a la necesidad de una regurgitación lingüística de su experiencia". Y agrega: "esa necesidad de relato es particularmente intensa en ciertos momentos de la existencia individual o colectiva, por ejemplo cuando hay depresión o crisis. En ese caso el relato proporciona un recurso casi único".[17]

---

[15] André Green, *La Déliaison, psychanalyse, anthropologie et littérature*, París, Hachette-Pluriel, 1998, p. 57.

[16] Didier Anzieu, *op. cit.*, p. 47.

[17] "La déprogrammation de la littérature", entrevista con Pascal Quignard, *Le Débat*, 54, marzo/abril de 1989.

De un modo similar, el filósofo Paul Ricœur escribe: "Toda la historia del sufrimiento clama venganza y exige relato".[18] Por el simple hecho de estar ordenada, de ser relatada, una situación de pasividad y de impotencia es transformada en acción por el escritor. Y es algo así como si el lector, a su vez, se convirtiera en narrador de lo que vive.

Más aún, esa incursión en el hospital me permitió nuevamente captar en toda su amplitud la multiplicidad y el entrelazamiento de las funciones de la lectura. Así como el Pájaro Azul vela sobre la pequeña Carlota, el libro protege, a modo de habitáculo. Y garantiza una permanencia y una identidad. Eso es lo que afirma otro escritor, Jean-Louis Baudry, refiriéndose a la convalecencia:

> Después de los días en que la enfermedad nos había expulsado de nosotros mismos, cuando no sabíamos muy bien si seguíamos siendo la misma persona y andábamos a tientas buscando nuestras marcas, habiendo perdido quizás la memoria de lo que éramos antes, temiendo y esperando una transformación, los libros venían a garantizarnos una permanencia [...] La clase de afecto que no encontrábamos en la vida, hecho de constancia, de humor parejo y de seguridad, nos la aportaban los libros y el lenguaje contenido en la escritura [...] Se dice con razón que uno encuentra en los libros lo que difícilmente encuentra en la vida, la prueba de que, pese a todas las traiciones que hemos sufrido o que hemos perpetrado, existe una lealtad superior. La palabra que los libros nos dieron nunca será desmentida; con ella, nuestras alegrías, nuestras emociones y nuestros temores nos serán restituidos; podemos confiar en ella porque ella da garantía de nuestro ser.[19]

---

[18] Citado por Laurent Jenny, "Récit d'expérience et figuration", *Revue française de psychanalyse*, 1998/3, "Le Narratif", p. 939.

[19] Jean-Louis Baudry, "Un autre temps", *Nouvelle revue de psychanalyse, op. cit.*

El libro permite recuperar el sentimiento de la propia continuidad y la capacidad de establecer lazos con el mundo. También es un depositario de energía y como tal puede darnos fuerza para pasar a otra cosa, para ir a otro lugar, para salir de la inmovilidad. La vida se nutre de él, y sabemos cuán frecuentes son las metáforas orales cuando uno habla de la lectura. El libro se ofrece como una pantalla, y permite decir emociones y angustias, ponerlas a distancia, y tamizar un poco los miedos. Le da sentido a lo que carece de él, y, como afirma otra psicoanalista, Michèle Bertrand: "La producción de sentido es lo que permite negociar nuestra impotencia ante el destino, y asimismo simbolizar lo no simbolizable".[20]

Con esto no he pretendido abarcar en toda su amplitud la noción de lectura reparadora, ni el tema de la lectura en el hospital. Podríamos habernos lanzado en distintas direcciones. Yo habría podido hablar de experiencias realizadas en Francia en distintos servicios. Y de la importancia de la lectura (o de otra actividad cultural) para los allegados del enfermo, o para el personal médico, ya que también con ellos puede cumplir un papel decisivo para reconstruir, cada día, los espacios interiores maltratados por todo ese mundo de sufrimiento al que se ven confrontados. La lectura, aunque sea de unas cuantas páginas, puede llenar la función que tenían, en las casas antiguas, esos espacios inútiles, donde alguien podía descansar, y recuperarse.

También habría podido yo hacer notar que para las personas que viven en ambientes de escaso contacto con los libros, una internación puede ser la ocasión para hacer un descubrimiento. Es algo que no dejó de sorprenderme cuando investigaba sobre la lectura en el medio rural. En el campo

---

[20] Michèle Bertrand, *Revue française de psychanalyse*, 1998/3, p. 57.

ocurría con frecuencia que alguna forma de alejamiento: la estadía en un internado, a veces una guerra, o precisamente una internación en un hospital, eran las ocasiones en que algunos habitantes habían tomado gusto por los libros. En el campo, en efecto, leer significaba sustraerse a la naturaleza. Y sustraerse a la familia reunida en la sobremesa o, más adelante, frente al televisor. Y prestar oídos sordos a los chismes pueblerinos que tachaban de raras a las mujeres que se libraban a una actividad cuya "utilidad" no quedaba muy clara, o a los hombres que se entregaban a un placer poco adecuado a la imagen de virilidad.

Como dicen los anglosajones, "*a misfortune is actually a fortune*", "una desdicha es de hecho una suerte", o "no hay mal que por bien no venga". Los infortunios habían abierto para esos campesinos un paradójico espacio de libertad; les habían permitido, por fin, tener acceso a sus derechos culturales. Ya que para cada uno de nosotros, cualquiera que sea su fragilidad física, psíquica o social, cualquiera que sea su desventaja temporal o definitiva, no hablamos aquí de asistencia o de beneficencia: es una cuestión de *derechos culturales*, y eso no debemos olvidarlo.

Ya es hora de concluir y quisiera sólo formular una última observación: y es que leer o hacer escapadas culturales puede también surtir un efecto preventivo: si damos crédito a un estudio realizado en Suecia y publicado hace dos años en el *British Medical Journal*,[21] las actividades culturales constituirían un importante factor de longevidad, y las personas que frecuentan asiduamente la lectura, los teatros, los cines, la práctica del canto u otras actividades, tendrían, en promedio, una esperanza de vida claramente superior a otros.

---

[21] Vol. 313, núm. 7072, citado por *Le Nouvel Observateur*, 2 de enero de 1997, p. 57.

Los incito, por lo tanto, a cantar, a pintar, a leer y a vivir hermosas historias.

(Traducción de Miguel y Malou Paleo)

Del espacio íntimo al espacio público*

Propuse tratar hoy para ustedes el siguiente tema: Del espacio íntimo al espacio público. En un principio había pensado en Lectura y democratización como título para esta conferencia, pero por su extensión, ese tema podría ser tratado en un seminario que durara varios años.

Efectivamente, relacionar lectura y democratización es, en cierta forma, una vieja historia en la que se escucha el eco de preocupaciones que recorren el siglo XIX y que se remontan por lo menos a la Ilustración: sin la emancipación de los ciudadanos a la que deberían conducir la instrucción y el acceso a los libros, sin la aptitud para juzgar por sí mismo y públicamente, sin directivas ajenas, no hay regímenes democráticos. Este discurso suelen sostenerlo, no sin paradoja, los que encarnan al Estado.[1] Señalemos que era una lectura bien determinada la que debía llevar al lector a la emancipación: la lectura disciplinada y orientada de obras instructivas o de obras de alta cultura, cuidadosamente elegidas, supuestamente aptas para edificar su razonamiento. En cuanto a los otros usos de la lectura, durante mucho tiempo fueron juzgados socialmente nefastos y asimilados a la ociosidad, al consumo de narcóticos o al autoerotismo.

Bajo esta forma, ese discurso humanista es difícilmente

---

* Esta conferencia fue leída en el marco de un ciclo de conferencias organizado por la Embajada de Francia en Argentina y la ALIJA en Buenos Aires en mayo de 2000.

[1] Véase Anne Kupiec, "Emancipation et lecture", en *Lire en France aujourd'hui*, París, Cercle de la librairie, 1993, p. 75.

sostenible luego de las atrocidades que han marcado el siglo XX. Pensemos por ejemplo en George Steiner, que pasó su vida preguntándose por qué alguien podía leer a Goethe o a Rilke o disfrutar con un pasaje de Bach o de Schubert, y, a la mañana siguiente, hacer pasar gente a mejor vida en un campo de exterminio. Lo cito: "Ni la gran lectura, ni la música, ni el arte pudieron impedir la barbarie total. Y hay que ir un poco más lejos: a menudo fueron el ornamento para esta barbarie".[2]

Hoy no podemos conjugar lectura y democratización imaginando por ejemplo que la difusión de obras de alto nivel cultural, filosóficas o literarias, tendría un efecto profiláctico contra el totalitarismo, o que bastaría para infundir en los lectores una personalidad democrática, o bien que una élite ilustrada sería por eso mismo más respetuosa de los derechos de los ciudadanos. Sabemos desgraciadamente en qué medida la historia –y el mundo actual– está llena de perversos y de tiranos cultos.

Según mi opinión, es en otro registro, y bajo ciertas condiciones, como la difusión de la lectura puede contribuir a una democratización; y por democratización entiendo un proceso en el que cada hombre y cada mujer puedan ser más los sujetos de su destino, singular y compartido. Escuchando hablar a los lectores, nos damos cuenta de que por medio de la lectura, aunque sea episódica, podemos estar mejor equipados para manejar ese destino, incluso en contextos sociales muy apremiantes. Mejor equipados para resistir a algunos procesos de marginación o a ciertos mecanismos de opresión. Para elaborar o reconquistar una posición de sujeto, y no ser sólo objeto de los discursos de los otros. Pero eso requiere de

---

[2] George Steiner y Antoine Spire, *Barbarie de l'ignorance*, La Tour d'Aigues, Editions de l'Aube, 2000.

múltiples tratos con el libro, algunos de los cuales son discretos y hasta secretos. De usos que a menudo se silencian, pese a que muchos de nosotros los experimentamos y pese a que son muy antiguos. Esto nos lleva a pensar de un modo algo diferente esta cuestión de la relación entre lectura y emancipación y, por extensión, la de lectura y democratización.

Esto es lo que intentaré hacerles sentir hoy, apoyándome en las investigaciones que he realizado en Francia, en lugares donde el acceso al saber y a la cultura letrada no es fácil.

Lecturas del día y de la noche

Cuando comencé a trabajar sobre la lectura participé al principio en una investigación en el medio rural, donde, a pesar de una alfabetización que viene de tiempo atrás, la lectura sigue siendo una práctica no tan común como en las ciudades.[3] Para esta investigación realizamos en distintas regiones alrededor de cincuenta entrevistas con lectores de edades y condiciones sociales variadas. Y, al escucharlos, quedé sorprendida por el hecho de que la lectura tenía allí dos aspectos. Había una lectura a la luz del día, "útil", donde se leía para aprender, en la que el libro era el depositario del saber, y la lectura una modalidad de instrucción; donde algunos llegaban a leer incluso diccionarios o enciclopedias, metódicamente, una letra después de otra. Esta lectura podía relacionarse con una ética ampliamente compartida en el medio rural, que valoraba el esfuerzo y la "utilidad", garantes durante mucho tiempo de la supervivencia. Y tampoco iba en contra, por lo menos en apariencia, del modelo escolar.

---

[3] Raymonde Ladefroux, Michèle Petit y Claude-Michèle Gardien, *Lecteurs en campagnes*, París, BPI-Centre Georges Pompidou, 1993.

Pero luego, cuando caía la noche, llegaba el momento de otra lectura, discreta, secreta, para quebrantar reglas. Una lectura que algunos llamaban la "verdadera" lectura, y de la que otros dudaban en hablar, por pudor, porque era muy íntima. En su cama ya no consultaban diccionarios o enciclopedias. Leían sagas, relatos de viajes que los transportaban lejos, fuera de las paredes de su casa, fuera de los límites del pueblo. Daban prioridad a las novelas, que podían ser clásicas, de ficción contemporáneas, biografías noveladas, policiales o libros de aventuras.

Sin embargo, la prohibición que se vincula con esa lectura "inútil" se acentúa por el hecho de que el lector está apartado, distraído, en el sentido fuerte del término, separado del grupo. Y tal preocupación por sí mismo, si se exhibiera en pleno día, podría ser considerada incongruente, grosera, en un medio que valora las actividades compartidas. Esto no es algo exclusivo del medio rural, pero la transgresión es muy evidente en comunidades reducidas donde el miedo al qué dirán es acuciante, en pueblos pequeños donde "creerse alguien", o distinguirse por la expresión de pensamientos o sentimientos personales no es algo bien visto. Y donde, hoy todavía, la afirmación de una singularidad no es algo evidente.

En el fondo, los lectores que entrevistábamos en el campo eran siempre un poco tránsfugas. Leer les permitía escaparse, viajar por poder, abrirse a lo lejano. Y a partir de ese territorio íntimo discretamente conquistado, veían las cosas de otra manera. Adquirían un mayor conocimiento del mundo que los rodeaba, y sacudían el yugo de los que detentaban hasta entonces el monopolio del saber. Pero también descubrían en sí mismos deseos desconocidos. La lectura era la ocasión de salirse de la raya. De escapar a un tipo de vínculo social

donde el grupo tenía poder sobre cada uno. Y de pensar que es posible inventar una manera de decir propia, en vez de tener siempre que remitirse a los demás.

Escuchándolos, recordábamos que la lectura tiene dos vertientes. Por un lado las palabras pueden aprisionarnos, encasillarnos. Muchos habitantes del campo guardaban el recuerdo de lecturas edificantes. Como Juana, al evocar sus días en el internado: "Todo lo que no era el programa estaba prohibido... Nunca teníamos tiempo libre... En el refectorio no teníamos permiso de hablar; nos leían vidas de niños modelo y vidas de santos". No olvidemos que al comienzo la lectura fue a menudo un ejercicio impuesto, para sojuzgar cuerpos y espíritus, para someter a los lectores a la fuerza de un precepto o de una fórmula, para capturarlos en las redes de una "identidad colectiva" en las antípodas de lo íntimo.

Sin embargo nadie puede estar seguro de dominar a los lectores, aun allí donde poderes de toda índole tratan de controlar el acceso a los textos. En efecto, los lectores se apropian de esos textos, los interpelan a su antojo, deslizando sus deseos entre las líneas: estamos allí ante la alquimia de la recepción. Y además se escapan, como ya hemos visto, se apartan del prójimo, de lo cotidiano y de sus evidencias. Por todo esto, la lectura es una práctica de riesgo tanto para el lector, que puede ver tambalear sus certezas o su pertenencia, como para el grupo, que puede ver que uno de los suyos toma distancia. Y también para las distintas formas de poder, ya que todos los vínculos pueden volverse más fluidos por la difusión de esta práctica, tanto los vínculos familiares y comunitarios como los religiosos y políticos.

En el campo, todavía escuchábamos el eco de ese paso de un modo inicial de lectura pública, oral, edificante, a otro modo de lectura privada, silenciosa, donde cada hombre –y más aún cada mujer, porque en Francia tanto en el campo

como en la ciudad las mujeres leen más que los hombres– encuentra a veces palabras para expresar lo más íntimo que lleva dentro de sí, y donde surge la idea de que también tenemos derecho a tomar la palabra y la pluma.

El paso de la primera a la segunda vertiente de la lectura no carecía de dificultades. Porque inquietaba a los que detentaban el poder y nunca habían dejado de controlar a los que leían. Pero también perturbaba a los pares porque modificaba ese modo de ser donde alguien sólo existe por y para la integración en una comunidad. Lo que se jugaba allí era el paso a otra forma de vínculo social.

Al finalizar ese estudio sobre la lectura en los medios rurales, yo me decía que seguramente no habíamos terminado con el miedo a los libros, con el miedo a la soledad del lector frente al texto, considerada como un factor de desorden, con el miedo a ese territorio de lo íntimo, a ese espacio propicio para los desplazamientos.

El espacio de lo íntimo

Estaba en ese punto de mis reflexiones cuando me tocó coordinar otra investigación para tratar de identificar cuál puede ser la contribución de las bibliotecas públicas a la lucha contra los procesos de exclusión. Trabajamos entonces en barrios pobres de seis ciudades francesas, donde entrevistamos a un centenar de jóvenes de entre quince y treinta años que habían frecuentado una biblioteca.[4] Porque en esos barrios, donde un confinamiento cada vez mayor acompaña a la exclusión social, una parte de los jóvenes acuden a las bibliotecas para

[4] Véase Michèle Petit, Chantal Balley y Raymonde Ladefroux, con la colaboración de Isabelle Rossignol, *De la bibliothèque au droit de cité*, *op. cit.*

tratar de salir de la huella marcada que los lleva del fracaso escolar a la desocupación y a la delincuencia.

¿Qué dicen esos jóvenes? En un principio, que esas bibliotecas los ayudan a proseguir su trayecto escolar o profesional. Esas prácticas paraescolares o autodidactas son conocidas y no insistiré sobre este punto por falta de tiempo. Recordaré sin embargo que una persona no sólo se lanza a la búsqueda del saber con fines de utilidad inmediata. Con frecuencia el saber es pensado como la clave de la libertad, como un medio de no quedar al margen de su tiempo, como un medio de participar en el mundo y de encontrar un lugar en él.

Me extenderé más en los usos más discretos, menos visibles de la biblioteca, que se sitúan más bien del lado de la elaboración de la subjetividad, de la interioridad y del imaginario. Y lo hago porque nuestros entrevistados evocaron largamente estos aspectos, de manera espontánea. Escuchándolos comprendemos que las bibliotecas contribuyen a la emancipación de aquellos que trasponen sus puertas, no sólo porque dan acceso al saber, sino también porque permiten la apropiación de bienes culturales que apuntalan la construcción del sí mismo y la apertura hacia el otro. Sin embargo, curiosamente, esta dimensión esencial de la lectura es a menudo desconocida o subestimada, o bien derivada hacia las lecturas llamadas de evasión o de entretenimiento. Por supuesto que no es lo mismo. Leer, o recurrir a bienes culturales diversos, para encontrarse a sí mismo, para reconocerse, para construirse o reconstruirse, no es la misma experiencia que leer para olvidar o para distraerse.

Eso es lo que afirma, por ejemplo, y de manera muy explícita, un joven de origen senegalés llamado Daoud: "Para mí, la lectura no es una diversión, es algo que me construye". Es también lo que busca Matoub, cuyos padres provienen de Argelia y son analfabetos: "Para mí la frecuentación de una

biblioteca está siempre ligada a un interés personal. No tengo ganas de ser culto, eso no me importa para nada; lo que me interesa es experimentar una emoción, sentirme cerca de otras personas que pueden sublimar pensamientos que yo puedo tener..." Lo mismo ocurre con Ridha: "En un libro, busco elementos que van a permitirme vivir, conocerme mejor". Por otra parte, más allá de los medios populares, para muchos chicos y chicas en Francia el libro sigue siendo irremplazable, aunque sólo recurran a él de manera episódica, cuando permite soñar, cuando permite que alguien elabore su mundo interior y su subjetividad.

Esos jóvenes cuentan cómo durante su infancia, con historias, con cuentos, la biblioteca les dio los medios para abrirse a otro lugar, a un mundo propio, aun en contextos en los que ningún espacio personal parecía posible. Escuchemos a Agiba, una joven que creció en una familia musulmana tradicional: "Tenía un secreto mío, era mi propio universo. Mis imágenes, mis libros y todo eso". O escuchemos a Abdallah cuando recuerda un libro de imágenes que le aconsejó una bibliotecaria: "Me apasionaba, me motivaba porque tenía un mundo propio en su escuela. Eso me motivaba para ir a la escuela".

Como contrapunto, escuchemos a un lector culto, un escritor contemporáneo, Jean-Louis Baudry, cuando evoca también sus lecturas de infancia:

> La lectura estaba asociada a un territorio que nos revelaba, más aún que las maniobras a las que sometíamos nuestro cuerpo, la exigencia de una inviolabilidad. Había trazado las fronteras de un santuario tan misterioso y tan oscuro como el que representaban nuestros órganos [...] Dentro de ese santuario la vida estaba regulada por un tiempo específico, opuesto a nuestra vida social...[5]

[5] Jean-Louis Baudry, *L'Age de la lecture, op. cit.*, p. 48.

Un mundo propio, un territorio, un santuario: podría multiplicar estos ejemplos. Muy rápidamente me sorprendió la frecuencia de las metáforas espaciales empleadas por los lectores. El lector elabora un espacio propio donde no depende de los otros, y donde a veces hasta les da la espalda a los suyos. Leer le permite descubrir que existe otra cosa, y le da la idea de que podrá diferenciarse de su entorno, participar activamente en su destino. Y todo eso gracias a la apertura de lo imaginario, gracias asimismo al acceso a una lengua diferente de la que sirve para la designación inmediata o para el improperio, gracias al descubrimiento, esencial, de un uso no inmediatamente utilitario del lenguaje.

El mismo gesto de la lectura es ya una vía de acceso a ese territorio de lo íntimo que ayuda a elaborar o mantener el sentido propio de individualidad, al que está unida la capacidad de resistir. Y eso evidentemente no es privativo de la infancia. Podemos pensar, por ejemplo, en lo que han notado esos sociólogos que trabajan en el ámbito carcelario: la lectura permite a los reclusos, dentro de ciertos límites, la reconstrucción de un espacio privado, mientras que a la inversa "la televisión podría marcar su imposibilidad absoluta".[6] Podemos pensar también en esa obra de Thomas Bernhard, *Antes de la retirada,* donde una mujer paralítica, enteramente dependiente de sus hermanos, grandes admiradores de Himmler, preserva contra viento y marea su espacio propio, leyendo periódicos y libros.[7] Y ese espacio es insoportable, naturalmente, para los dos nazis, quienes para intentar alejarla de esos objetos que ellos abominan le encargan remendar calcetines.

---

[6] Jean-Louis Fabiani, *Lire en prison*, París, PBI-Centre Georges Pompidou, 1995, p. 219.

[7] Thomas Bernhard, *Avant la retraite. Une comédie de l'âme allemande*, París, L'Arche, 1987.

Escuchando a los lectores, me dije que en el fondo lo esencial de la experiencia de la lectura quizás fuera eso: a partir de imágenes o fragmentos recogidos en los libros, podemos dibujar un paisaje, un lugar, un habitáculo propio. Un espacio donde podemos dibujar nuestros contornos, comenzar a trazar nuestro propio camino y desprendernos un poco del discurso de los otros o de las determinaciones familiares o sociales.

La lectura nos abre hacia otro lugar, donde nos decimos, donde elaboramos nuestra historia apoyándonos en fragmentos de relatos, en imágenes, en frases escritas por otros. Es algo que puede producirse a lo largo de toda la vida, pero que es muy sensible en la adolescencia. Ya los adolescentes acuden a los libros para explorar los secretos del sexo. Incluso es a través de este sesgo, de esta búsqueda de información sobre temas tabú como muchos de los que frecuentan una biblioteca en barrios marginados pasan algún día a otras lecturas.

En un sentido más amplio, van en pos de palabras que les permitan dominar sus miedos, sentirse menos solos, encontrar respuesta a las preguntas que los atormentan. Palabras que permiten la expresión de aquello que quedaba en secreto. Y los libros que tuvieron importancia para ellos son los que les revelaron a ese o esa que ellos todavía no sabían que eran, que lo hicieron salir a la luz.

Por extensión, lo que describe la gente, cualquiera que sea su origen social, cuando evoca las lecturas importantes de su vida, es a menudo lo siguiente: de tanto en tanto una frase nos lee, nos da noticias nuestras. Despierta nuestra interioridad, pone en movimiento nuestro pensamiento. Y en resonancia con las palabras del autor, nos surgen palabras, pala-

bras inéditas. Es un poco como si, a la vez, nos volviéramos el narrador de lo que vivimos.

Esa intersubjetividad que permite que el lector se diga, la encontramos también en la experiencia de lectores muy cultos. La vemos, por ejemplo, en los diarios de escritores, que son otros tantos florilegios de citas. Pero jóvenes provenientes de medios populares también han tenido esta experiencia, a veces a partir de algunas páginas, de fragmentos recogidos en distintos lugares. Y si bien esta lectura rara vez lleva a que se escriba una obra o se lleve un diario íntimo, puede conducir, por medio de un proceso que me parece cercano, a que alguien sea más apto para expresar sus propias palabras, y al mismo tiempo se vuelva más autor de su vida.

Ya lo mencioné en otras conferencias, me parece reductor hablar simplemente de "identificación" o de "proyección" a propósito de estos encuentros que ayudan al lector a enunciar su propia historia, a elaborar una posición de sujeto. Quisiera citar de nuevo a un escritor que observó agudamente su experiencia de niño y de adolescente lector, Jean-Louis Baudry, quien compara los efectos que le produjeron la lectura y el cine:

> ... el libro y la película no tenían el mismo uso, ni ejercían la misma acción sobre nosotros. Aquél tenía la ventaja de estar siempre al alcance de la mano. A fuerza de retomarlo, de tener con él esa familiaridad que brinda un trato prolongado, iba tomando ascendiente sobre nosotros sin que por ello perdiéramos el sentimiento de una libre disposición de nosotros mismos, mientras que la película, tan repentina como un golpe de estado, ejercía un poder tiránico pero de corta duración [...] la película tenía un poder extraño, un poder de aspiración tan fuerte que yo me sentía pegado a la pantalla como una hoja marchita a la reja de una alcantarilla [...] la película, en una realización efímera, traía la promesa de una unión con el ser de las cosas [...] las his-

> torias que había leído en aquella época, incluso *Robin Hood,* a cuya unidad ya había sido introducido por el cine, se dispersaban [...] en fragmentos, distintos, diversificados y reconocibles, y éstos no encajaban nunca unos en otros para ensamblarse en un cuadro único.[8]

La lectura está hecha de fragmentos y algunos de ellos funcionan como haces de luz sobre una parte de nosotros, oscura hasta ese momento. Haces de luz que van a desencadenar todo un trabajo psíquico, a veces mucho después de haber leído aquellos fragmentos.

Siempre digo que escuchando a los lectores recordamos que el lenguaje no puede ser reducido a un código, a una herramienta de comunicación, a un simple vehículo de informaciones. El lenguaje nos construye. Cuanto más capaces somos de darle un nombre a lo que vivimos, a las pruebas que soportamos, más aptos somos para vivir y tomar cierta distancia respecto de lo que vivimos, y más aptos seremos para convertirnos en sujetos de nuestro propio destino. Pueden quebrarnos, echarnos e insultarnos con palabras, y también con silencios. Pero otras palabras nos dan lugar, nos acogen, nos permiten volver a las fuentes, nos devuelven el sentido de nuestra vida. Y algunas de esas palabras que nos restauran las encontramos en los libros. En particular en obras cuyos autores han intentado transcribir lo más profundo de la experiencia humana, desempolvando la lengua. Tener acceso a ellas no es un lujo: es un derecho, un derecho cultural, como lo es el acceso al saber. Porque quizás no hay peor sufrimiento que estar privado de palabras para darle sentido a lo que vivimos.

Una biblioteca, un libro, es algo que se ofrece, una hospitalidad que se ofrece. Dan hacia otro lugar, también intro-

---

[8] Jean-Louis Baudry, *op. cit.*, p. 60.

ducen a otra manera de habitar el tiempo, a un tiempo propio. Un tiempo en el que la fantasía puede brotar libremente, y permite imaginar, pensar. Algunos jóvenes nos dijeron, por ejemplo, cómo en esos tiempos para ellos, en esos momentos en que se levantan los ojos del libro, habían podido construir su espíritu crítico de una manera distinta que en la escuela. Como Mounira, cuyos padres también vinieron de Argelia:

> Descubrí dos libros: había una exposición de libros (en la biblioteca), y en ellos hablaban de la condición de los judíos en los campos de concentración. Eso transformó mi manera de ver las cosas. El concepto que ahora tengo de la comunidad judía. Bueno, mi padre no está totalmente de acuerdo. Para él un judío es un traidor, un enemigo. Para mí no. Sufrieron como todo el mundo y desde un punto de vista histórico, podemos considerarlos como primos. Mi padre no está de acuerdo con eso. Yo lo comprendo pero no dejo de tener mi opinión.

La lectura puede sacudir creencias bien firmes hasta ese momento, desvirtuar una representación del mundo basada en la oposición entre "ellos" y "nosotros", por ejemplo. Pero si bien puede relajar ciertos vínculos comunitarios, también invita a otras formas de vínculo social, a otras formas de pertenencia a una sociedad. Efectivamente, no por el hecho de dedicarse a ese acto salvaje y solitario que es la lectura, resulta uno ser un Narciso que sólo piensa en su parte de la torta, incapaz de sociabilidades y de proyectos compartidos. Por el contrario, muchos jóvenes nos han contado cómo esos encuentros singulares les habían permitido salir de su pequeño círculo, de sus únicas preocupaciones. El descubrimiento de sí mismo y del otro en sí mismo, se acompaña a menudo de una apertura hacia el otro. Por otra parte, los que leen ficción son también, en promedio, los que más curiosi-

dad sienten por el mundo real, por la actualidad y por los temas de la sociedad.

Derechos culturales

Al fin y al cabo, vemos que por la vía de los textos, o mejor aún de fragmentos de textos, trozos recogidos aquí y allá, esos jóvenes construyen sentido, y elaboran un margen de maniobra o de libertad a partir del cual encuentran a veces la energía necesaria para desprenderse de aquello que los bloqueaba. La biblioteca respalda en este caso un gesto de despegue, de resistencia, de transgresión de los límites establecidos. Y contribuye a que algunos jóvenes realicen *desplazamientos*, reales o metafóricos, en diferentes terrenos de su vida: puede ser un punto de apoyo para que continúen sus estudios o su carrera profesional, impidiendo así que se detengan, inmovilizados por el fracaso escolar y el desempleo; puede sacudir la representación que tienen de sí mismos, su manera de pensar, de decirse, sus relaciones con la familia, con el grupo de pertenencia, con la cultura de origen, y les evita a veces ser rehenes de una representación estereotipada de esa cultura; puede ayudar a las chicas a salir de su confinamiento en el espacio doméstico, y ofrecer a los muchachos una alternativa para el gregarismo viril de la calle y para la delincuencia; lleva a otras formas de sociabilidad y de solidaridad; y puede conducirlos a otras maneras de habitar y de percibir el barrio, la ciudad, el país en que viven.

La biblioteca no puede resolverlo todo, repararlo todo, no seamos ingenuos: al salir de allí, esos jóvenes se verán nuevamente confrontados con las segregaciones sociales, con la xenofobia, con la misoginia. Pero estarán un poco mejor armados para enfrentar todo eso.

De manera que cuando vivimos en países que se dicen democráticos, aquellos en quienes delegamos el poder son responsables de permitir a cada cual el ejercicio de sus derechos culturales. Entre esos derechos figura por supuesto el derecho a la educación, al aprendizaje de la lengua en particular, esa lengua que puede constituir una temible barrera social. Y también, en un sentido más amplio, el derecho al saber y a la información, bajo todas sus formas, incluso aquellas que se sirven de nuevas tecnologías, lo que implica poder ser iniciado en la utilización de éstas. Pero entre esos derechos existe también el de descubrirse o construirse, a partir de un espacio propio, de un espacio íntimo. El derecho a disponer de un tiempo propio, de un tiempo de fantasía, sin la cual no hay pensamiento, ni creatividad. El derecho a compartir relatos, metáforas que los seres humanos se han transmitido desde hace siglos, o milenios. El derecho a compartir textos o descubrimientos que acaban de ver la luz en el otro extremo del planeta, o en una ciudad cercana. Todo eso que es parte integrante de nuestra humanidad misma. Y que, en mi opinión, contribuye a la democratización de una sociedad. De manera necesaria, favorable, pero insuficiente; tampoco seamos ingenuos en esto.

Podemos entonces prever que los poderes políticos, aun cuando se digan democráticos, aplicarán cierta ambivalencia cuando asuman el riesgo de contribuir a que una cantidad de gente se vuelva más independiente, e incluso más rebelde. Y podrán tratar, de un modo más o menos consciente, de limitar la lectura a su vertiente controlable. Por ejemplo queriendo convertir las bibliotecas en lugares de patrocinio, de guardería, a fin de atenuar las tensiones sociales, donde uno estaría limitado a las lecturas "útiles", y a algunas revistas o *best-sellers* de poca monta.

Hay jóvenes perfectamente conscientes de este riesgo, como Matoub, que se construyó a sí mismo en compañía de

Rimbaud, Breton, René Char, Proust, Paul Celan, y que se dedicó a estudiar letras: "La lectura me enseñó la subversión, pero pudo haberme enseñado lo contrario en definitiva... Lo que sería interesante es ver en qué medida la biblioteca puede ser un espacio de nivelación o de neutralización de la individualidad. Quizás también podría ser eso..."

Prohibiciones y callejones sin salida

Matoub puede tener algún motivo para estar intranquilo: los pobres fueron considerados durante mucho tiempo "al por mayor", de un modo homogeneizante. Lo íntimo, la interioridad, la preocupación por sí mismo, todo eso no era para ellos, era patrimonio de la gente con recursos. Pero todavía hoy, en nuestros países, el derecho a la intimidad no está dado para todos. La ausencia de intimidad es quizás el mejor indicador de la pobreza, más aún que los ingresos. Cuanto más pobre es alguien, menos intimidad tiene. En lo más bajo de la escala social, cuando no se tiene techo, en una vereda, hasta el mínimo gesto está expuesto a la mirada pública. Después, cuando alguien es un poquito menos pobre, está protegido de la mirada de los transeúntes pero vive hacinado en una misma pieza, donde los dichos y los gestos se mezclan a cada minuto. Y a medida que asciende en la escala social, ganando metros cuadrados, dispone de mejores condiciones materiales para proteger su intimidad.

Pero estas condiciones materiales no son suficiente garantía del derecho a lo íntimo, y del derecho, en particular, a soñar dentro de un libro. Pues aparece también, más a menudo de lo que pensamos, el eco de un antiguo miedo: que el libro lleve al lector o a la lectora lejos de los suyos, que los separe del grupo. Ya lo evoqué al hablar de los medios rura-

les. Es algo que también encontramos en medios populares urbanos. Escuchemos a Zuhal, por ejemplo: "Mis padres desconfiaban de la gente que leía. Hasta me acuerdo a veces: 'Pero ¿qué van a hacer con todos esos libros? No sirven para nada, no lean'. Y creo incluso que fue eso lo que nos empujó, a mis hermanas y a mí, a leer y a continuar". O bien escuchemos a Zohra: "(Mis padres) no aceptaban que leyéramos por placer. Era un momento aparte, un momento propio, y a ellos les costaba aceptar que tuviésemos momentos propios. Había que leer para la escuela, había que leer para instruirse".

En este caso se trata de familias musulmanas, provenientes de la inmigración turca o magrebí, y cuya relación con la lectura se modificó de ahí en adelante, por supuesto gracias a sus hijas. Pero en familias francesas desde hace varias generaciones, leer puede ser algo igualmente temido o denigrado. No es regla general, pero sí frecuente reprochar a las chicas el dedicarse a una actividad "egoísta", y a los muchachos el dedicarse a entretenimientos de chicas. En Francia, en medios populares, los chicos se controlan mutuamente para prohibirse abrir un libro, y no es raro que los que gustan de la lectura lo oculten, para evitar la represión que castiga "al que se quiebra la cabeza", al que se entrega a esa actividad percibida como "afeminada", "burguesa" y asociada a la tarea escolar.

Y no cualquier muchacho se convierte en lector: es a menudo el que se diferencia del grupo. Algunos chicos eligen así un camino singular y leen para elaborar esa singularidad. Otros viven pegados unos con otros, temiendo estar cara a cara consigo mismos, temiendo la carencia que la lectura puede significar y la alteración que la acompaña. Por mi parte, no creo que los primeros sean definitivamente asociales, ni tampoco que el gregarismo viril de éstos últimos anuncie una

mayor aptitud para la sociabilidad. Esta implica quizás algunos rodeos, algunas idas y vueltas. Pienso en el poeta Henri Michaux cuando decía: "¡No te precipites hacia la adaptación! ¡Guarda siempre en reserva un poco de inadaptación!"[9]

Pero como ustedes ven, allí hay un callejón sin salida: la lectura puede sostener, apuntalar de manera decisiva un deseo de independencia, pero no me parece que pueda crearlo por entero. Dedicarse a la lectura supone ya una cierta emancipación, y poder estar confrontado a sí mismo. Más aún tratándose de lectura literaria, que supone que alguien consiente en dejarse captar, invadir, transportar.

La lectora

Vamos llegando casi al final de esta disertación y yo quisiera hacer una breve incursión en la historia. Cuando me encontraba redactando esta conferencia, el azar, que a veces hace tan bien las cosas en el terreno de la lectura, quiso que diera con estas líneas del historiador Roger Chartier, quien se interrogaba sobre los orígenes culturales de la Revolución francesa:

> ... lo esencial no radica tanto en el contenido subversivo de los libros "filosóficos" –que quizá no tengan el impacto persuasivo que se les atribuye con demasiada generosidad– como en un modo de lectura inédito que, aun tratándose de textos que se apegan por completo al orden político y religioso, desarrolla una actitud crítica, desprovista de las dependencias y obediencias que daban fundamento a las representaciones antiguas.[10]

---

[9] Henri Michaux, *Poteaux d'angle*, París, L'Herne, 1971.

[10] Roger Chartier, *Les Origines culturelles de la Révolution française*, París, Points-Seuil 2000, p. 133 (ed. en español: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995).

Y agregó estas líneas que me parecen muy ilustrativas: "...precisamente la construcción de un espacio de libertad, despojado de la influencia de la autoridad estatal y replegado sobre lo particular, fue lo que permitió el nacimiento del nuevo espacio público".[11]

El espacio de libertad fundado sobre lo íntimo y lo particular, que Chartier evoca y que sería según él la matriz de un nuevo espacio público, sólo involucraba, a fines del siglo XVIII, a una franja de la población que a pesar de haberse ampliado seguía siendo restringida. Y sin embargo ya generaba inquietud: siguiendo una modalidad nostálgica, se multiplicaron entonces representaciones pictóricas o literarias que mostraban una casa de campesinos, donde un padre de familia leía la Biblia a las mujeres y a los niños reunidos a su alrededor, sumisos y silenciosos. Cito otra vez a Chartier, que comenta esas imágenes en otro libro, *Historia de la lectura en el mundo occidental*:

> En esta representación ideal de la existencia campesina, tan gustada por la élite letrada, la lectura comunitaria significa un mundo en que el libro es reverenciado y en que se respeta la autoridad. Con esa figura mítica lo que se denuncia, por lo que se ve, es el gesto ordinario de una lectura contraria, citadina, negligente y desenvuelta. La "furia de la lectura", descrita como un peligro para el orden político, como un "narcótico" que distrae de la verdadera Ilustración, o como un desorden de la imaginación y de los sentidos, resulta patente para todos los observadores contemporáneos. No cabe duda de que desempeña un papel esencial en la separación que empieza a darse entre los súbditos y su príncipe, entre los cristianos y sus iglesias, en toda Europa, pero muy especialmente en Francia. [12]

---

[11] *Ibidem*, pp. 279-280.

[12] Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, *Histoire de la lecture dans le monde occidental*, París, Seuil, 1997, p. 35 (ed. en español: *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998).

En las décadas siguientes, en el siglo XIX se perfilará otra figura, que los pintores representarán con agrado: la de "la lectora", la mujer que lee. Esa mujer que lee y que hace decir a Martyn Lyons en la misma *Historia de la lectura*: "es una pionera de las nociones modernas de vida privada y de intimidad."[13] En las pinturas con frecuencia se la muestra sola, absorta en su lectura: se trata siempre de una relación intimista, muy interiorizada con el libro. La presencia del libro no está fija, a diferencia de los retratos de hombres donde es el signo del poder social o del saber intelectual.[14] Pero en aquel tiempo esa pionera está confinada al espacio privado. Todavía no tiene derecho a ocuparse, junto a los hombres, de los asuntos de la Ciudad.

Hoy día se abre una posibilidad de profundizar la relación entre los términos "lectura" y "democratización", y eso gracias a las mujeres. Para empezar porque los iniciadores del libro en su mayoría son mujeres, u hombres que no temen su propia sensibilidad ni la compañía de las mujeres. Ellas tienen un papel preponderante como agentes del desarrollo cultural, y un papel motor, a menudo discreto, en la movilidad social. Mientras que, a la inversa, en regiones del mundo donde las mujeres siguen privadas de la escolarización, lo escrito circula poco.[15] En un sentido más amplio, las mujeres contribuyen a otra manera de vivir juntos, más cuidadosa de lo íntimo precisamente, así como también a otra concepción del espacio público, y a otras solidaridades.[16]

---

[13] *Ibidem*, p. 377.

[14] Véase Anne-Marie Chartier y Jean Hébrard, *Discours sur la lecture 1880-1980, op. cit.*, pp. 430-433 (trad. al español: *Discurso sobre la lectura 1880-1980, op. cit.*).

[15] *Cf.* Armando Petrucci: "Las zonas geográficas donde la circulación de lo escrito es más escasa o ínfima son no solamente las más desprotegidas desde el punto de vista económico, sino también aquellas donde la presión demográfica es más fuerte y donde a la mujer se le mantiene fuera de la escolarización". (*Histoire de la lecture...*, *op. cit.*, p. 404.)

[16] Véase George Steiner y Antoine Spire, *op. cit.*, pp. 85-86: "En otros mundos distintos al nuestro –en el Tercer Mundo, etc., etc., mucho tiempo después de mí, después de ustedes–

La lectura es sin duda poco compatible con ciertas formas de vida más gregarias, y quizás presupone, cuando se es varón, una dificultad para sentirse partícipe de esas formas, o un deseo de marcar un camino diferente. Pero no hay que confundir gregarismo con sociabilidad. Ni es válido oponer intimidad y sociabilidad. Lo íntimo y lo compartido están ligados de modo indisoluble en el acto de leer. Al leer, a menudo experimentamos al mismo tiempo nuestra verdad más íntima y nuestra humanidad compartida. Lo que ocurre con ese derecho a lo íntimo, con ese derecho a elaborar la propia subjetividad, es quizás el paso hacia otras formas de relación social distintas de aquellas donde se vive pegados unos con otros, cerrando filas alrededor de un líder o de un patriarca. Se trata quizás del paso hacia otras formas de compartir, otras maneras de vivir juntos, y otras maneras de hablarse. No al unísono, gritando todos al mismo tiempo en un estadio. Sino a partir de múltiples voces, como intentaremos, espero, hacerlo ahora.

(Traducción de Miguel y Malon Paleo, y Diana Luz Sánchez)

---

tal vez haya nuevas fuentes de confianza humana. Es ahí donde tal vez el feminismo tendrá mucho que decirnos". Véase también Antoinette Fouque, *Il y a deux sexes*, París, Gallimard, 1995.

Elogio del encuentro*

Para Marielle

Ni por gracia y hermosura
Yo nunca me perderé
Sino por un no sé qué
Que se halla por ventura
JUAN DE LA CRUZ

Cuando Silvia Castrillón me escribió que el presente congreso tendría como tema el encuentro entre dos mundos, le propuse que tratáramos de hacer... un elogio del encuentro, simple y sencillamente. Pero no de una manera general, llena de buenas intenciones, sino a partir de experiencias, de ejemplos que tomaré de las conversaciones con jóvenes que he recabado como parte de mis investigaciones,[1] así como de algunos escritores que han evocado sus lecturas de infancia.

"DESPUÉS DE TODO HABÍA ALGO MÁS..."

Para entrar en materia les propongo que escuchemos a una joven mujer, Zohra, a quien conocimos durante una investigación realizada en los barrios pobres situados en la periferia de las ciudades francesas, donde mis colegas y yo llevamos a

* Esta conferencia fue leída en el Congreso Mundial de IBBY (International Board on Books for Young People), en Cartagena de Indias, Colombia, el 22 de septiembre de 2000.

[1] Esas investigaciones se abordan con detalle en Michèle Petit, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, *op. cit.*

cabo un centenar de entrevistas con adolescentes y adultos jóvenes que habían frecuentado una biblioteca municipal.[2]

Cuando empezamos a hablar con Zohra, la primera frase que nos dijo fue ésta: "La biblioteca fue un encuentro extraordinario porque yo modifiqué el curso de mi vida". Y nos contó su historia, una historia donde, a priori, su camino ya estaba trazado de antemano: sus padres provenían de Argelia y habían crecido en el seno de una cultura rural y oral totalmente alejada de los libros; no les interesaba que sus hijas estudiaran y después ejercieran su profesión ya que para ellos la "tradición" musulmana parecía dictar que las muchachas no deben salir del espacio doméstico, y también porque pensaban regresar a su país cuando hubieran podido ahorrar algo. A las presiones de los padres se añadía la programación social, que sólo le ofrecía a Zohra una trayectoria escolar recortada.

En esta historia, sin embargo, se producirán encuentros que cambiarán el curso de su destino. El primero, con una maestra, cuando Zohra era muy pequeña. Escuchémosla:

> Adoraba a la maestra, le escribía tarjetas postales que nunca le enviaba. Quería mucho a los maestros porque transmitían cosas, estaban allí, eran personas sensatas, que razonaban, que comprendían, mientras que mis padres no comprendían. Eran adultos diferentes a los que me rodeaban. Me dieron una fuerza. Después de todo había algo más, había otras personas aparte de los padres, de la vida tradicional en familia. Me ayudaban a abrirme hacia el exterior, al igual que las bibliotecarias. Eran otros adultos que no me consideraban una bebé o una niñita que está para hacer el quehacer. Vivíamos en un capullo familiar muy fuerte. Mis padres nunca recibían visitas, amigos franceses o argelinos [...] Es muy difícil cuando ésa es la única referencia que se

---

[2] Véase Michèle Petit, Chantal Balley y Raymond Ladefroux, con la colaboración de Isabelle Rossignol, *De la bibliothèque au droit de cité, op. cit.*

tiene de joven. Es como si estuvieras completamente aislada. El libro era la única forma de salirme de eso, de abrirme un poco.

"Después de todo había *algo más*..." Tal vez lo esencial está allí y se repite una y otra vez a lo largo de varias entrevistas: el descubrimiento de una alternativa, de un margen de maniobra, de una abertura, como dice Zohra, y también, a veces, de otra mirada sobre el niño o la niña que le da una "fuerza". Ese "algo más" lo forman los maestros, las bibliotecarias, la biblioteca como lugar, los usuarios con los que se topa, los libros mismos, y en su relato se mezclan unos con otros.

Observemos por ejemplo la evocación de esta maestra a la que le escribía tarjetas postales que nunca le enviaba. Sin saberlo, esta mujer tal vez desempeñó precozmente el papel de destinaria en un proceso parecido a la transferencia psicoanalítica: es decir, alguien que acoge las palabras del otro, que es el testigo de su deseo, con el que mantiene un lazo próximo al amor. Tal vez Zohra sintió ganas de leer y escribir "por transferencia", por amor a alguien a quien le gustaba leer y escribir, como sucedía con esta maestra; y con las bibliotecarias a las que admiraba, quienes le mostraban que había otra vida posible, fuera de la casa. Escuchémosla nuevamente:

[La biblioteca] me permitía salir de mi casa, conocer gente, ver cosas interesantes [...] Iba a la biblioteca para leer, por mis libros, a escogerlos, y por el contacto con las bibliotecarias [...] Hubo mujeres bibliotecarias que me marcaron mucho. Es un trabajo muy femenino ¡Las mujeres son también las mejores lectoras del mundo a pesar de que tienen menos tiempo que los hombres!

Zohra tenía fascinación por las letras desde que era niña; por ello su sueño era ser impresora. Sin embargo, como les dije, estudió una carrera corta:

> En francés sacaba buenas notas; el francés me gustaba mucho porque había lecturas. Pero luego me pidieron que aprobara una serie de materias que no eran de lectura, materias científicas, matemáticas, y yo era incapaz de hacerlo. La escuela no fue placentera, no me ayudó, pese a que la lectura era muy importante para mí. Nadie me sacó de apuros. Más bien me dejaron hundir, me orientaron hacia una carrera corta. Así pues, me convertí en secretaria, sin mucha pasión.

Pero un día, para su buena suerte, se encontró con una mujer que trabajaba en la biblioteca, y que le propuso sustituir por unos meses a una secretaria. En esa ocasión decidió que sería bibliotecaria: se formó de manera autodidacta, se sometió a concursos y finalmente obtuvo el puesto.

Pero no fue sólo su destino profesional el que se modificó, pues la biblioteca y los libros también la llevaron a otros encuentros esenciales: al encuentro consigo misma, con regiones de sí misma que no conocía bien, que la asustaban. Como las que tienen que ver con el cuerpo, con la sexualidad, sobre la que nunca le habían hablado. Escuchemos cómo fue su descubrimiento de Anaïs Nin:

> A través de la biblioteca pude tener acceso a temas tabú. [...] Cuando hablo de Anaïs Nin, es verdad que descubrí a una mujer que escribe literatura erótica sumamente bien, reconocida en el mundo entero. Aprendí cosas sobre mi vida sexual, sobre mi intimidad, que nadie hasta entonces pudo enseñarme [...] Al mismo tiempo me permitió comprender las cosas, descubrir el mundo, a Mark Twain, pasando por grandes sagas históricas. Descubrí que había vidas apasionantes y también temas íntimos.

Tanto en la casa como en la escuela había otro tema sobre el que todos guardaban silencio: algunos capítulos negros de la historia ocurridos poco antes de nacer ella, en los que su país

de origen entonces colonizado, Argelia, se había enfrentado al país en el que ahora residía: Francia.

> [¿Qué es lo que leía?] la literatura magrebí, de dónde venía, la historia de Argelia, mi historia. Porque mi padre peleó en la guerra de Argelia y nunca nos ha hablado de eso. Entiendo que él no pueda hablar, como entiendo que muchos franceses no pueden hablar de ella. Vivieron cosas dolorosas y también le hicieron vivir cosas muy dolorosas a la población argelina. Pero al mismo tiempo nosotros nos quedamos ahí, sin respuesta. Hay que encontrar respuestas. Es necesario que haya... gente con historias [...] Todos tenemos una historia y hay que buscarla. A veces toma tiempo buscarla, encontrar los puntos de referencia que nos permiten, en un momento dado, tener una historia y vivir con ella todo el tiempo.

Las lecturas de Zohra no borraron las humillaciones o las heridas de la terrible guerra que vivieron sus padres, pero sirvieron para romper el silencio. Esas heridas adquirieron derecho de expresión, de memoria. Al recuperar su historia, Zohra pudo liberarse de ella, abrirse tanto a los novelistas contemporáneos argelinos como a los occidentales, y confirmar su adhesión a la laicidad y a los derechos de las mujeres. Y al asistir a la biblioteca, Zohra pudo también incorporarse a la historia de Francia, pues durante una exposición sobre la segunda Guerra Mundial conoció testimonios de ex miembros de la resistencia contra el nazismo, de ex deportados que recordaban sus combates, y se sintió cercana a ellos. De este modo pudo conjugar en su interior dos universos culturales que a lo largo de la historia habían estado reñidos.

Todo esto volví a encontrarlo en otras entrevistas, por ejemplo en lo que dice Daoud, un muchacho de origen senegalés que también insiste en la importancia del encuentro:

> Cuando se vive en las zonas suburbanas está uno destinado a tener malos estudios, y un trabajo asqueroso. Hay una cantidad de acontecimientos que lo hacen a uno ir en cierta dirección. Yo supe esquivar eso, convertirme en anticonformista, irme por otro lado, ahí está mi lugar [...Los rudos] hacen lo que la sociedad espera que hagan y ya. Son violentos, son vulgares, son incultos. Dicen: "Yo vivo en los suburbios, entonces soy así", y yo fui como ellos. El hecho de tener bibliotecas como ésta me permitió entrar allí, venir, conocer otras gentes. Una biblioteca sirve para eso [...] Yo escogí mi vida y ellos no.

"Escogí mi vida", dice Daoud; "...modifiqué el curso de mi vida", decía Zohra. Estos jóvenes establecen un vínculo totalmente explícito entre, por un lado, el encuentro con una biblioteca y los bienes y personas que allí están, y, por el otro, el hecho de elaborar una posición de sujeto, de salir de los caminos ya trazados, de poder realizar desplazamientos en un campo u otro de la vida. No tengo tiempo de contarles la historia de Daoud, pero también para él fue determinante el encuentro con algunos maestros, algunos bibliotecarios, algunos libros. Y, al igual que Zohra, pudo elaborar su propia construcción, su propia cultura, regocijarse de conocer tanto las sonoridades de la lengua peul que le transmitieron sus padres, como a los grandes escritores occidentales:

> [Si dijera que] Kafka, Orwell, Proust, Faulkner o Joyce no son buenos porque son occidentales, estaría haciendo exactamente lo mismo que ellos [los occidentales] han hecho con las demás civilizaciones, con los demás continentes, y yo estoy en contra de eso. Estoy en contra del Occidente en su política, en su teoría de dominación hegemónica, mas nunca estaré en contra de la cultura, de las actividades artísticas.

Dejemos a estos jóvenes por el momento. Un encuentro, como todos sabemos por experiencia propia, puede ser la

oportunidad para modificar nuestro destino, pues en gran medida éste ya está escrito antes de que nazcamos: estamos ya encajonados en líneas de pertenencia social e incluso llevamos estigmas con los que tendremos que vivir toda la vida; asimismo estamos atrapados en historias familiares, con sus dramas, sus esperanzas, sus capítulos olvidados o censurados, sus puestos asignados, sus gustos heredados, sus maneras de decir o hacer. Pero a veces un encuentro puede hacernos vacilar, hacer que se tambaleen nuestras certidumbres, nuestras pertenencias, y revelarnos el deseo de llegar a un puerto en el que nadie nos espera. Nuestras vidas están hechas de herencias que dejan sentir todo su peso y de esas repeticiones cuya importancia ha señalado el psicoanálisis; pero también están hechas de movimiento, que nos alegra o nos causa terror, y casi siempre ambas cosas, de ese movimiento que viene justamente con los encuentros.

Esto puede suceder cuando nos enamoramos, en esos momentos en que sentimos "el llamado del mar" como decía Rilke, en que la fuerza del deseo desempolva el mundo y nos vuelve inventivos y rebeldes. Es una experiencia ampliamente compartida y también un tema novelesco: numerosos escritores y cineastas se han dado a la tarea de mostrar hasta qué punto un encuentro, aun sin porvenir, puede hacer que se tambalee un destino.

En forma similar, ese movimiento puede darse cuando descubrimos a hombres o mujeres que despiertan nuestra admiración, como Zohra que admiraba a su maestra; hombres y mujeres a quienes soñamos con robarles cierto rasgo de personalidad, cierta pasión, cierta curiosidad, para poder reunirnos con ellos. Seres que parecen encerrar en su interior un saber sobre nuestros deseos más secretos; después de haberlos encontrado, aunque sea fugazmente, ya no somos exactamente los mismos.

El deseo de movimiento puede provenir también de encuentros con lugares, con paisajes, con objetos diferentes, insólitos, en particular si tenemos la oportunidad de hacer un viaje y dejamos que lo imprevisto se cuele. O puede provenir de nuestras lecturas, en esos momentos en que las palabras tocan lo que estaba como detenido en la imagen para darle nueva vida, en esos encuentros en que uno piensa, como decía Breton en *El amor loco*: "Es verdaderamente como si yo me hubiera perdido y alguien viniera de pronto a darme noticias de mí mismo".[3]

Zarpar

Pero regresemos a esos jóvenes cuyas experiencias estaba evocando. Lo que experimentaron en su encuentro con los libros, algunas veces desde la más tierna edad, fue la presencia de las posibilidades. Lugares distintos, externos. La fuerza para salir de los puestos asignados, de los espacios confinados.

Ese sentimiento de estar encerrados podemos experimentarlo sea cual sea nuestra ubicación social. Sin embargo, cuando se es pobre se está expuesto a él con mayor frecuencia, pues lo que distingue a las categorías sociales es, entre otras cosas, el horizonte más o menos vasto de quienes las conforman. El horizonte popular urbano, al igual que el horizonte rural, era y sigue siendo muy a menudo el capullo del que hablaba Zohra: la familia, lo cercano, el vecindario, "nosotros", mientras que el resto del mundo es un "ellos" de rasgos bastante difusos.[4] Albert Camus decía incluso que la miseria era "una fortaleza sin puente levadizo". Pero en su caso,

---

[3] André Breton, *L'Amour fou*, París, Gallimard, 1966, p. 11 (ed. en español: *El amor loco*, México, Joaquín Mortiz, 1967).

[4] Richard Hoggart, *La Culture du pauvre*, París, Minuit, 1970, pp. 65-69 y 98-105.

como en el de Zohra, hubo algunos puentes levadizos: un maestro, a quien le expresó por escrito su reconocimiento cuando recibió el premio Nobel; y una biblioteca municipal de la que dijo: "Lo que contenían los libros importaba poco en el fondo. Lo importante era lo que experimentaban al principio al entrar en la biblioteca, donde no veían los muros de libros negros, sino un espacio y horizontes múltiples que, desde el quicio de la puerta, los sacaban de la vida estrecha del barrio".[5]

Esto es precisamente lo que la lectura, y sobre todo la lectura literaria, ofrece en abundancia: espacios, paisajes, pasajes. Líneas de huida, trazos que reorientan la mirada. Escuchemos a Rosalie evocar la biblioteca a la que solía ir de niña:

> La biblioteca, los libros, eran la mayor felicidad, el descubrimiento de que había otro lugar, un mundo, allá lejos, en el que podría vivir. En ocasiones hubo dinero en la casa, pero el mundo no existía. Lo más lejos que llegábamos era la casa de mi abuelita, en vacaciones, en los límites del municipio. Sin la biblioteca me habría vuelto loca, con mi padre gritando, haciendo sufrir a mi madre. La biblioteca me permitía respirar; me salvó la vida.

Esta promesa de que existe otro lugar, de no estar condenado por siempre a la inmovilidad, es lo que hace felices a esos niños, simplemente; lo que impide que enloquezcan algunos de ellos, arrinconados en universos devastados por la violencia. Lo que permite soñar y por lo tanto pensar.

Cada uno a su manera, muchos de los y las jóvenes a quienes entrevisté expresaron lo mismo. Para Rodolphe, el descubrimiento de la biblioteca era el descubrimiento de "un lugar

[5] Albert Camus, *Le Premier homme*, París, Gallimard, 1994, pp. 224-229 (ed. en español: *El primer hombre*, Barcelona, Tusquets, 1994).

donde se podía consultar el mundo". "Es algo del mismo orden que el encuentro", dice también Ridha. Y continúa:

> Creo que el sentimiento de asfixia experimentado por un ser humano se da cuando siente que todo está inmóvil, que todo a su alrededor está petrificado [...] Es como un pajarito al que alguien encerró en una jaula y luego dejó arrumbado y empieza a morirse [...] Cuando era chico, cada uno de los libros era una alternativa, una posibilidad de encontrar salidas, soluciones a problemas, y cada uno era una persona, una individualidad a la cual podía conocer en el mundo. A través de la diversidad de los libros y las historias, hay una diversidad de las cosas, y es similar a la de los seres que pueblan este mundo y a los que quisiéramos conocer en su totalidad; y nos parece una lástima que dentro de cien años no estaremos aquí y no habremos conocido al que vive en Brasil o al que vive allá lejos...

Esta multiplicación de las posibilidades, este maravillarse frente a la diversidad, suelen asociarse, en el discurso de los lectores, al descubrimiento de un espacio radicalmente distinto, de un espacio lejano. Como en el caso de Ridha que, entre frase y frase, menciona "al que vive en Brasil", al que vive "allá lejos". Ese "allá lejos", ese llamado de un lugar distinto, esa apertura a lo desconocido, son los que hacen despertar en estos jóvenes su deseo, su curiosidad, su interioridad.

Eso es lo que dicen estos jóvenes, lo que dicen también algunos escritores a quienes me gustaría citar para hacer un contrapunto. Por ejemplo Pierre Bergounioux quien, siendo niño, vivía en una aldea languideciente de la provincia francesa y visitaba cada sábado la biblioteca municipal para sumergirse en obras cuyo interés residía, según dice, "en el alejamiento de las cosas que decían":[6] "La biblioteca permitía

[6] Pierre Bergounioux, *La Mort de Brune*, París, Gallimard, 1996, p. 117.

que nuestros pensamientos se ampliaran hasta las antípodas, hasta China o México".[7]

> Había otras cosas aparte de las que habíamos tocado, y también otras maneras de hacer [...] Las lecturas del sábado no sólo me hacían olvidarme temporalmente de la habitación en que me encontraba leyendo, del libro exhausto que sostenía. No regresaba con las manos vacías de la lejanía a la que me había transportado a lo largo de la tarde. El cuarto silencioso, la claridad turbia, gastada, de la vidriera de colores frente a la que volvía a tocar suelo, no eran para nada los mismos. Y me sentía menos a disgusto, porque me había ausentado un rato. No eran los mismos aun cuando las tierras por las que había caminado, vivido, tomaran su prestigio y sus cielos, sus pájaros, sus palmeras, sus nieves y sus aguas, y hasta su suelo, del volumen polvoriento en el que había tenido metida la nariz.[8]

De nuevo, ese descubrimiento esencial: hay otras cosas aparte de las que nos rodean; de nuevo la lejanía, lo que Bergounioux llama "el fervor de lo externo". Mencionemos de paso la insólita yuxtaposición de las palmeras y la nieve.

Tengo la impresión de que no se ha hablado lo suficiente de este "fervor de lo externo". Por ejemplo el psicoanálisis, que tanto ha influido en mi formación intelectual y personal, me ha dejado un poco en ayunas sobre este tema. Sé que nuestra pulsión de conocimiento debe mucho a las preguntas sobre la sexualidad que nos hacíamos de niños, a nuestro deseo de explorar lo interior, el interior de la recámara de los padres, el interior del cuerpo materno. Quizá también tiene su origen en otro movimiento, sumamente precoz, que nos empuja hacia ese exterior lleno de colores que descubrimos al nacer.

---

[7] Pierre Bergounioux, *Kpélié*, Charenton, Flohic Editions, 1997, p. 25.
[8] *La Mort de Brune, op. cit.*, p. 118.

Pero a través de esta exterioridad, de esta lejanía, también nos aventuramos en nosotros mismos; es nuestro propio yo lo que encontramos al final del camino. No un "yo" social, que se halla por completo en la mirada que se pone en él, sino más bien el otro yo, el desconocido. Ese otro yo que anhela un espacio fuera de lo cotidiano, y palabras formuladas en otra lengua apartada de su uso normal, una lengua que nos aleja del tono habitual de nuestros días.

Escuchemos a Jean-Louis Baudry, quien escribió un libro dedicado al niño-lector que un día fue, en el que evoca lo que llama "las inmensas reservas amazónicas de la interioridad":

> Todos los sabemos bien cuando niños; cada uno de nosotros debe enfrentarse a las mismas potencias subterráneas. Éstas viven en nosotros y para revelarse sólo esperan que se les interrogue en condiciones propicias y utilizando instrumentos apropiados. Los libros eran esos instrumentos. Gracias a ellos, sin tener que cambiar de lugares, cambiábamos de lugar. [...] Por más extraños que parecieran estos lugares, y porque eran extraños, tan fantásticos e inconcebibles precisamente porque eran fantásticos e inconcebibles, al penetrar en ellos penetrábamos en nosotros mismos.[9]

Walter Benjamin describe casi la misma experienciaen su *Infancia berlinesa:*

> Para leer me tapaba las orejas [...] Los países lejanos que encontraba en esas aventuras jugaban familiarmente entre sí como copos de nieve. Y como la lejanía que, cuando está nevando, conduce nuestros pensamientos no hacia un horizonte más ancho sino hacia el interior

[9] Jean-Louis Baudry, *L'Age de la lecture, op. cit.*, p. 93.

de nosotros mismos, Babilonia y Bagdad, San Juan de Acre y Alaska, Tromsö y el Transvaal se encontraban en el interior de mí mismo.[10]

Una vez más, encontramos lo lejano, lo extraño que lleva más allá en uno mismo, esa conjunción de extrañamiento y reconocimiento. Y también la curiosa yuxtaposición de San Juan de Acre en Siria y de Alaska, el fuego y el hielo que se mezclan dentro del niño, tal como hace un momento, en Bergounioux, las palmeras y la nieve.

Necesitamos lo lejano. Cuando alguien crece en un universo confinado, esas fugas pueden resultar vitales. Pero en todos nosotros apuntalan la elaboración de la subjetividad y la posibilidad misma del pensamiento. La expansión del espacio exterior permite una expansión del espacio interior. Sin esta ensoñación, que es una huida de lo cercano[11] hacia lugares distintos e ilimitados cuyo destino es incierto, no hay pensamiento posible. Las relaciones entre lo lejano y el pensamiento ya han sido abordadas por algunos filósofos como Heidegger, para quien pensar es "acercarse a lo lejano".[12] O Hannah Arendt, que escribió:

> Salimos de viaje para examinar de cerca curiosidades lejanas; y muchas veces sólo en el recuerdo retrospectivo, cuando la impresión ya no nos afecta, las cosas que vimos se vuelven completamente cercanas, como si entonces revelaran por primera vez su sentido porque ya no están presentes. Esta inversión de las relaciones, a saber: que el pensamiento aleja lo cercano, es decir, se retira de lo cercano y acerca lo ale-

---

[10] Walter Benjamin, *Enfance berlinoise*, trad. del alemán por Jean Lacoste, París, Maurice Nadeau, 1988, p. 89.

[11] Gaston Bachelard, *La Poétique de l'espace*, París, Presses Universitaires de France, 1972, pp. 168-169 (trad. al español: *La poética del espacio*, México, Fondo de Cultura de Económica, 1993).

[12] Martin Heidegger, "Sérénité", en *Questions, III*, París, Gallimard, 1966, p. 196 (trad. al español: *Serenidad*, Barcelona, Ed. del Serbal, 1989).

jado, es decisiva si queremos tener alguna luz sobre la morada del pensamiento.[13]

Ulises, Calipso y las familias reconstituidas

Como habrán notado, me he desviado un poco del tema. Inicié este recorrido celebrando el encuentro y ahora estoy evocando lo lejano. Pero son los propios lectores los que me han hecho derivar; son ellos los que asocian su encuentro con los libros con una ampliación de las posibilidades gracias al descubrimiento de un lugar distinto, de un espacio lejano. Ellos también quienes, a menudo, hablan de lecturas que los transportan hacia universos aparentemente muy alejados pero que les han revelado porciones enteras de sí mismos. Y es que si nos damos tiempo de escuchar a los lectores, a menudo nos sentiremos asombrados y encantados por lo insólito de esos encuentros y la audacia de los acercamientos. Ya lo he mencionado en otras ocasiones pero quisiera detenerme: un lector no siempre escogerá un libro que hable de una situación parecida a la que él vive; un texto así podrá incluso parecerle una intromisión, mientras que en un libro que evoca un mundo totalmente diferente encontrará palabras que le devolverán el sentido de su experiencia. Lo lejano tiene también en este caso algunas virtudes.

No tengo mucho tiempo para citar ejemplos, lo que es una lástima porque éstos siempre están llenos de enseñanzas. Les brindaré sólo un par de ellos. El primero lo tomo de mi ahijada de cuatro años, que es adoptada. No sé cómo funcionen aquí las cosas, pero al menos en Francia se acostumbra clasificar los libros en las librerías o bibliotecas por categorías te-

[13] Hannah Arendt, *Vies politiques*, París, Tel-Gallimard, p. 316.

máticas destinadas a ayudar a los padres a elegir títulos relacionados con las pruebas por las que deben pasar sus hijos: el nacimiento de una hermanita, el ingreso a la escuela, el descubrimiento de la sexualidad, la muerte de un ser querido. Desde hace algunos años suele encontrarse también la categoría "adopción", de manera que a la niña se le compró y leyó concienzudamente un libro que se encontró en ese anaquel. Sin embargo, lo que le permitió simbolizar su experiencia no fue esa obra hecha a la medida, llena de buenas intenciones, que escuchó dando muestras de indiferencia y hastío. Lo que le dijo algo sobre sí misma, sobre su experiencia, fue... *Tarzán,* historia que pedía que le leyeran y releyeran día tras día, sobre todo los pasajes en que, de niño, Tarzán se encuentra en brazos de la mona Kala. A ningún librero se le ha ocurrido poner en la categoría "adopción" la historia de este niño criado por los monos. Un día le conté esta anécdota a la directora de un jardín de niños, quien me señaló con toda razón que Tarzán era muy fuerte y salvaba a todos, a diferencia de los pequeños bebés-objetos a los que se pasan compadeciendo las familias en las historias de adopción. Como sea es más divertido y estimulante identificarse con Tarzán que con una pequeña víctima. Y ver a papá y mamá como un mono y una mona.

El segundo ejemplo me lo proporcionó esa misma directora al contarme que cierto día en que leía a los niños el episodio de la *Odisea* en el que Ulises pasa varios años junto a la ninfa Calipso, los niños empezaron a discutir espontáneamente luego de que uno de ellos comentó que su padre, al igual que Ulises, había dejado por un tiempo a su madre para irse a vivir con otra mujer. Esto dio pie para que se pasara revista a las distintas formas de familias en que uno podía crecer (familias reconstituidas, polígamas, monoparentales, homoparentales, etc.). Mientras tanto, con las me-

jores intenciones del mundo, algunos maestros abordan directamente estas cuestiones y, por ejemplo, les piden a los niños que elaboren sus árboles genealógicos, lo cual me parece una intromisión ya que tal vez algunos niños no tengan la menor gana de presentar ante el grupo y sin ninguna mediación su vida privada. La historia de Ulises y Calipso ofrecía este desvío, esta mediación a través del alejamiento temporal y geográfico, a través de la forma de un texto legítimo, reconocido, compartido, cuya naturaleza permite objetivar la historia personal propia, circunscribirla al exterior.

Esta cualidad de la metáfora para desplazar, para distanciar nuestras inquietudes, la utilizan deliberadamente algunos psicoanalistas con el fin de suavizar los temores de algunos niños o adolescentes. Para que las imágenes, a menudo crudas y repetitivas que obsesionan a estos niños, se vuelvan negociables por medio del pensamiento es necesario –cito a Serge Boimare–: "que esas imágenes no sólo hayan sido tomadas o engullidas de películas, confidencias radiofónicas o noticieros violentos, sino que posean la distancia, la complejidad y la reversibilidad de la cultura". De ahí que este terapeuta busque sus metáforas, por ejemplo, en los mitos antiguos o en Julio Verne.[14]

Agregaré que a este distanciamiento que favorecen los mitos, los cuentos, las novelas, la poesía o la pintura, habría que añadir el simple placer de la transposición, del préstamo, del desvío. El placer del desplazamiento, cuyo significado habría que analizar con mayor detalle y que tal vez se relacione con el hecho de que, según Freud, el desplazamiento y la condensación son precisamente los mecanismos que rigen el funcionamiento del inconsciente.

---

[14] Serge Boimare, *L'enfant et la peur d'apprendre, op. cit.* (trad. al español: *El niño y el miedo de aprender, op. cit.).*

Fecundidad del encuentro

De la experiencia de los lectores me parece que debemos sacar algunas enseñanzas. Por lo pronto ésta: si bien puede ser vital que cada hombre y cada mujer tengan acceso a medios para encontrar un vínculo con su propia historia o su cultura de origen –tal como vimos hace un rato en el caso de Zohra y de Argelia–, eso no significa que debamos encerrarlo en ella. Tenemos derecho a una historia, pero también tenemos derecho a la metáfora, al extrañamiento, al desvío, a la ampliación de nuestro universo cultural. Y la lectura puede ser justamente un sesgo privilegiado para ofrecernos ambas cosas, para permitirnos conjugar varios universos.

Tenemos derecho a una historia, sobre todo cuando ésta ha sido censurada o cuando ni siquiera ha sido transmitida; cuando se ha roto el lazo con la cultura de origen, como sucede con tanta frecuencia en nuestra época con esos niños y adolescentes cuyos padres, provenientes de una cultura rural y oral, han venido a probar suerte en la periferia de las grandes metrópolis. Cuando a uno lo han arrullado en una lengua, en una cultura, y después se ha visto obligado a crecer en otra completamente alejada de la primera y en la que está marginado, la capacidad de simbolizar puede verse afectada. Entonces hay que construir pasajes entre ambas, conciliarlas, conjugarlas. Recuperar el pasado para que pueda haber un porvenir, para evitar ese desconcierto identitario que se añade a la miseria económica y condena a la vagancia, el odio a sí mismo y la violencia.

Como dice Ridha, el joven al que ya he citado: "Es difícil pensar hacia adelante cuando no hay nada detrás. [...] Hay un patrimonio que no ha sido transmitido o que no se ha integrado tal vez porque nos dijeron que era incompatible con el patrimonio de aquí, pero yo creo que nada es incompati-

ble. Todo o mucho de lo que se aprende es compatible, todo lo que se ha vivido nos ha formado".

Así es: todo lo que se aprende es compatible, y podemos integrar, jugar en nuestro interior, con varios universos culturales, varios países. La lectura, y a veces otras prácticas, permiten el encuentro de culturas que hasta entonces estaban reñidas, la elaboración de un espacio simbólico en el que se puede encontrar un sitio en vez de sentirse rechazado por todas partes. Lo que he aprendido escuchando a los lectores es que por medio de los hallazgos que se hacen en los libros se pueden juntar eslabones de la propia historia, integrar elementos de la cultura de origen, tal vez para ya no tener deudas con ella, de manera más o menos consciente, y poder apropiarse también de otra cultura.

Se puede ser un joven de origen argelino, disfrutar de las canciones que uno escuchaba de niño y ser fanático de Rimbaud y Breton. O una joven de origen turco que vive en un barrio pobre de alguna ciudad francesa y disfrutar de leer a su compatriota Yachar Kemal –porque le ofrece las historias y los paisajes de una tierra perdida– así como algunos pasajes del filósofo Descartes –porque le dan la idea de cómo una argumentación bien hecha puede ayudar a rechazar un matrimonio forzado–. Se puede ser una maestra que nunca ha salido de su pueblo en Bretaña, que conserva un "respeto y un orgullo por sus orígenes", como ella dice, y adorar a los escritores japoneses porque, cito: "Mishima es delicadeza, flores japonesas, es seda". Se puede ser un niño de origen africano y disfrutar de deslizarse en el pellejo de un caballero de la Edad Media para imaginarse seduciendo a la princesa que se sienta al fondo del salón de clase: no se trata aquí de un gesto de sumisión a la cultura occidental, sino de una apropiación divertida, del gozo de un diálogo con un texto exótico o, más bien, con un fragmento de texto.

Son este tipo de encuentros los que permiten apropiarse de una cultura *a priori* extranjera, en vez de imaginarla como un templo cuyas puertas no está uno autorizado a franquear debido a su origen social o étnico. El hecho de estar entre dos culturas, entre dos lugares puede vivirse entonces como una riqueza, incluso como una oportunidad, y no como un sufrimiento.

Comentando el hecho de que "a lo largo de este siglo los artistas plásticos occidentales han saqueado alegremente las tiendas de África, Asia y las Filipinas [olvidó a América]", Salman Rushdie escribió: "Estoy seguro de que podemos permitirnos la misma libertad".[15] Creo que Rushdie tiene razón, y eso es precisamente lo que hacen muchos jóvenes que practican la lectura de manera intensa o episódica y elaboran su propio montaje, su propio ensamblaje, hurgando en los bolsillos de escritores de varios continentes. Como dice Ridha, no hay nada incompatible. O, como escribe el filósofo Jean-Luc Nancy: "...el gesto de la cultura es en sí mismo un gesto de mezclar: es enfrentar, confrontar, transformar, reorientar, desarrollar, recomponer, combinar, hacer talacha".[16] Lo que cada quien elabora en su pequeño rincón se efectúa también a mayor escala: las culturas se encuentran, se fecundan, se alteran y reconfiguran.

El miedo a las mezclas

Pero este acto de mezclar, este encuentro del uno y del que es diferente, es precisamente lo que se insiste tantas veces en negar. En estos días hablamos del Norte y el Sur, del Viejo

---

[15] Salman Rushdie, *Patries imaginaires*, París, 10-18 Christian Bourgois Editeur, p. 31.
[16] Jean-Luc Nancy, *Etre singulier pluriel*, París, Galilée, 1996, pp. 176-177.

Mundo y el Nuevo Mundo. El Norte saqueó al Sur y lo despojó, pero raramente se interesó en conocer sus peculiaridades. Los museos del Norte le deben mucho a los países del Sur, ya sea porque los saquearon simple y sencillamente, o bien porque los artistas tomaron de ellos su inspiración o un nuevo vigor. La cultura occidental se construyó sobre una base de rapiñas acerca de las cuales ya se ha dicho todo. De rapiñas y relatos. Pues apenas el Occidente descubría esos "nuevos mundos", los cubría de palabras y de fantasmas. Las riberas lejanas se convirtieron en continentes negros, fascinantes y terroríficos. En contraparte, el occidental casi nunca se preocupó por las culturas reales de esos países más que para aniquilarlas o llenarlas de oprobio. Un encuentro también puede ser un combate. El que opuso al Norte con el Sur no fue un combate en buena lid. Y todavía no termina.

En reacción, algunas regiones del Sur no quisieron saber nada del Norte. A veces esa cerrazón fue vital para salvar lo que aún podía salvarse. Pero en las formas extremas que se conocieron a fines del siglo XX, las fiebres identitarias llegaron hasta la obsesión de pureza, la fobia al encuentro, a la alteración. En Francia, algunos jóvenes producto de la inmigración encuentran ahí la justificación para rechazar la escuela y los libros, a los que consideran claros símbolos de la cultura "dominante": "Ya no estamos en la época de los misioneros. Tenemos una cultura, al igual que ustedes. No nos impongan la suya". Pero esos mismos jóvenes se pasan horas, sin preocupaciones de ningún tipo, frente a los videoclips o a las series televisivas, abandonados a otras palabras –mucho más pobres– de la cultura "dominante".

De manera parecida, algunos trabajadores sociales, algunos "iniciadores", movidos por su mala conciencia y su miedo al libro, sólo proponen a los niños o adultos prove-

nientes de medios pobres lecturas supuestamente "adecuadas" a sus "necesidades": por ejemplo, obras "útiles", que podrán usar en su vida cotidiana, o textos que reflejan fielmente sus experiencias. Una vez más, vemos a estos niños, a estos adultos, impedidos de realizar desplazamientos, confinados a lo próximo, a lo semejante a ellos mismos.

Esta prohibición de moverse no sólo se aplica en el caso de los pobres: por ejemplo, mientras redactaba esta conferencia me enteré de que en un hospital de París los médicos y las enfermeras temían que los libros donde se representaba a niños corriendo traumaran a los pequeños con parálisis. ¡Qué sadismo inconsciente era éste que intentaba privar a los niños de correr aunque fuera en su imaginación! Y eso me recuerda a una niña parapléjica, en otro hospital, cuyo libro preferido era un álbum que le permitía precisamente proyectarse en un conejo que se lanzaba en sus patines de ruedas por las calles de la ciudad. Sí: leer puede convertirnos en osados conejos que se apropian por un momento de todo el espacio de los libros que recorren, de todas las calles del mundo, de todas las épocas.

El derecho a la metáfora

Por ello cabe recordar que es tarea de los iniciadores del libro permitir que todos tengan acceso a sus derechos culturales. Y que entre estos derechos figura, desde luego, el derecho al saber y a la información en todas sus formas. Figura también el derecho de acceso a la propia historia, a la cultura de origen. También el derecho a descubrirse o construirse con ayuda de palabras que tal vez fueron escritas al otro lado del mundo o en otras épocas; con ayuda de textos capaces de satisfacer un deseo de pensar, una exigencia poética y una ne-

cesidad de relatos que no son patrimonio de ninguna categoría social, de ninguna etnia.

No leemos solamente para dominar la información, y el lenguaje no puede reducirse a un instrumento, a una herramienta de comunicación. No leemos solamente para llamar la atención en las reuniones o para imitar a los burgueses (entre los cuales, por cierto, no todos leen, lejos de eso). Muchas mujeres y algunos hombres, en número un poco menor, leen por el gusto de descubrir y para inventarle un sentido a su vida, también en los medios populares. Para salir del tiempo, del espacio cotidiano y entrar en un mundo más amplio; para abrirse a lo desconocido, transportarse a universos extranjeros, deslizarse en la experiencia de otro u otra, acercarse al otro que vive en uno mismo, domesticarlo, perderle el miedo. Para conocer las soluciones que otros han dado al problema de estar de paso por la tierra. Para habitar el mundo poéticamente y no únicamente estar adaptado a un universo productivista.

Esa lectura no es un distractor que desviaría de los verdaderos combates. Los psicoanalistas nos enseñan que para poder tratar la realidad que nos circunda, el mundo real, debemos empezar por ser capaces de imaginarla. Lo imaginario pone en movimiento, lleva a otro lugar, hace surgir el deseo. A partir de este espacio puede ocurrírsenos la idea de transgredir los límites asignados, de ser un poco más los sujetos de nuestras vidas, de rebelarnos.

Este imaginario se construye echando mano de cosas múltiples, imperceptibles, sensaciones, emociones, rostros amados u odiados, paisajes extranjeros o conocidos, historias de familia, juegos, escenas vistas en la televisión, en la calle, frases recogidas en la escuela, en los periódicos, en los libros, en el autobús. Pero todo esto no se sitúa en el mismo nivel. La televisión, por ejemplo, es a veces un medio maravilloso que

nos revela rostros del otro lado del mundo, pero casi siempre sólo nos remite a lo mismo, a un mundo cerrado, una aldea global. Las nuevas tecnologías, fascinantes por los encuentros que facilitan, siguen siendo de un acceso muy selectivo y raramente sirven como vehículo, al menos por ahora, a obras dotadas de cualidades estéticas.

La lectura de libros sigue conservando así algunas ventajas singulares. En opinión de los adolescentes en Francia, es precisamente el hecho de abrir las puertas al sueño, a lo imaginario, lo que le da ventajas sobre lo visual, tan presente en sus vidas. Y suele ocurrir que si tienen tanto apego a algunos libros sea por su extrañeza misma y no por su proximidad.

A manera de conclusión, quisiera decir desde ahora que no debemos pecar de ingenuos. No vamos a arreglar los problemas del mundo facilitando el encuentro de los niños con los libros. Tampoco les garantizaremos necesariamente una trayectoria escolar más exitosa, ni es seguro que sean más virtuosos. Freud señalaba incluso que los pervertidos y los neuróticos eran grandes consumidores de libros. Y para echar por tierra otras ilusiones, añadiré que tampoco estoy convencida de que el lector sea una persona más respetuosa del otro, más democrática, aun cuando la lectura sea tal vez un factor necesario, propicio, pero insuficiente, para la democratización de una sociedad.

Entonces, ¿para qué incitar a los niños a que lean? De acuerdo con lo que me han dicho los lectores de diferentes medios, la lectura es tal vez una experiencia más vital que social aun cuando su práctica desigual se deba en gran medida a determinismos sociales, y de ella puedan obtenerse beneficios sociales en diferentes niveles. Pero estos beneficios vienen por añadidura. Si desde un principio se privilegia su búsqueda, si se reduce la lectura a sus beneficios sociales, me

temo que no se estará muy lejos del control, de la voluntad de dominio, del "patronazgo". La lectura es tal vez un acto más interindividual, o transindividual, que social. Marca la conquista de un tiempo y un espacio íntimos que escapan al dominio de lo colectivo. Y si la soledad del lector frente al texto ha inquietado siempre, es precisamente porque abre las puertas a desplazamientos, a cuestionamientos, a formas de lazos sociales diferentes a aquellas en las que cerramos filas como soldados en torno a un patriarca.

Para mí es importante que los niños, y también los adultos, tengan acceso a los libros pues la lectura me parece una vía por excelencia para tener acceso al saber, pero también a la ensoñación, a lo lejano y, por tanto, al pensamiento. Matisse, cuyos viajes fertilizaron tanto la pintura, decía que "la ensoñación de un hombre que ha viajado tiene una riqueza diferente a la del que nunca ha viajado".[17] Yo creo que la ensoñación de un hombre, de una mujer o de un niño que han leído posee también una riqueza diferente a la de aquel o aquella que nunca lo han hecho; la ensoñación, y en consecuencia la actividad psíquica, el pensamiento, la creatividad. Las palabras adquieren otras resonancias, despiertan otras asociaciones, otras emociones, otros pensamientos.

(Traducción de Diana Luz Sánchez)

[17] Henri Matisse, *Ecrits et propos sur l'art*, París, Hermann Collection Savoir, 1972, p. 211.

Del Pato Donald a Thomas Bernhard

Autobiografía de una lectora nacida en París en los años de posguerra

Para Lola

Es el tiempo en que la vida transcurre cerca del suelo; yo tengo cuatro años. Ellos, los de arriba, intercambian palabras en un idioma algebraico. Y se pasan el tiempo trepando cada vez más alto: él es astrónomo, ella está en la luna. Algunas veces, nos encontramos los tres a media altura, el tiempo que dura una comida. Otras, colocan dos cojines en una silla, ponen delante de mí frascos de pintura, papel para dibujar. Me pongo a pintarrajear paisajes.

Aquella noche estoy en mi mundo de abajo. El libro que él me ha comprado, lo ha dejado en el suelo. Ya no recuerdo quién pasa las páginas. Ni de qué trataba la historia o quiénes eran los personajes. Tanto que a veces me pregunto si ese libro realmente existió. Una sola cosa me ha quedado, y es que cada página es un habitáculo. Cerrado, el libro es completamente plano. Pero al abrirlo, de repente se desprende una imagen, y surgen animales de color, árboles. Volteas la página, y otra imagen se endereza, en relieve. ¡Deslumbramiento! Es para mí. Un mundo para mí, a mi medida, a mi tamaño. Puedo zambullirme en cada imagen. Yo que nunca sabía dónde meterme y que deambulaba tan cerca del suelo, tan lejos de ellos, los de arriba.

Al principio, está el libro animado, y también los álbumes del *Père Castor*. Michka es un osito que se ha fugado de casa, marcha en la nieve, se adentra solo en el bosque. En el camino se encuentra con el Reno de Navidad, y lo acompaña